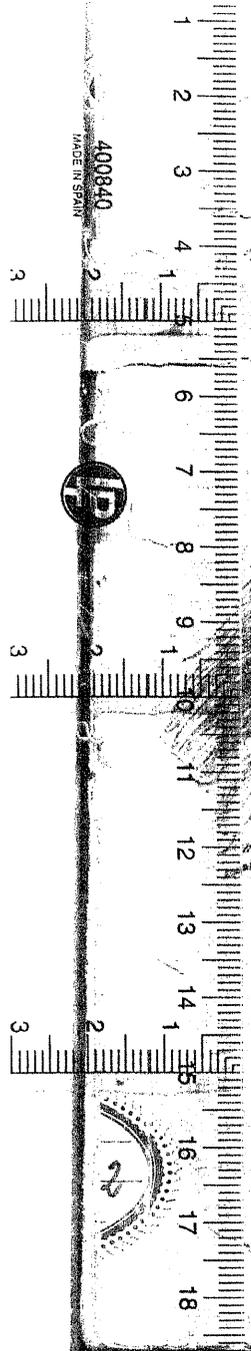


MIGUEL SAWA

MADRID



MADRID
COMUNIDAD DE MADRID
Calle de Apodaca, 18
1897



MIGUEL SAWA

AMOR

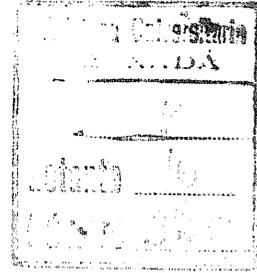


MADRID
IMPRESA DE ANTONIO MARRO
Calle de Apodaca, 18

1897



Por encargo especial del Autor



AMOR



R-18,096

MIGUEL SAWA

AMOR



MADRID
IMPRESA DE ANTONIO MARZO
Calle de Apodaca, 18

1897



DEDICATORIA

*A mis buenos amigos Eduardo
y Luisa Sojo.*

*Testimonio de afecto y agrade-
cimiento.*

Miguel Sana. O

SEPARACIÓN

—¡No mientas! ¡No me engañes! El fuego se ha extinguido; no queda del incendio más que cenizas... ¡Ay, insensata de mí, que he creído en la inmortalidad del amor!

Se echó á llorar; pero de pronto se puso en pie, con los ojos secos, en actitud resuelta.

—Hablemos claro.

Y como él tratase de cogerla las manos y de volverla á sentar á su lado:

—¡Si te digo que estoy decidida á saber la verdad! No... no me interrumpas... ¡Si no me conformo con una de esas explicaciones que tan hábilmente, con tanta facilidad, inventáis los hombres. ¡Ah! conozco el sistema. Unas cuantas palabras apasionadas, unas cuantas caricias, ¡y adiós resentimientos, y adiós enojo! No hay mujer que no se convenza con tales argumentos. ¡Pero yo no, yo no quiero ser en-

gañada por más tiempo! ¡Basta ya de fingimientos, basta ya de comedia! Planteemos el problema. Habla, explicate, sepa yo á qué atenerme.

Uno y otro se miraron friamente, sin hablar palabra, estudiándose.

—Vamos, sé franca; quieres que terminemos, ¿no es eso?

Ella no contestó al pronto y golpeó el suelo con su sombrilla, indecisa, sin saber qué determinar.

—Comprendo que estés cansada—insistió él—no impunemente se hace lo que nosotros hemos hecho... Nos hemos querido demasiado... Pero al fin ha cedido la fiebre... Somos dos locos que recobran la razón...

Ella, muy pálida, asintió con la cabeza.

—Ahora ya podemos reflexionar...—hizo una pausa.—Sí... es preciso concluir, es preciso...

Y dominado de repente por violento acceso pasional, la cogió entre sus brazos y la besó en la boca.

—¡Pero por qué, pero por qué!

Ella se dejó acariciar sin oponer resistencia, conmovida por la excitación amorosa del mísero.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Pero deshaciéndose de pronto de los brazos

de su amante, se puso de nuevo en pie, tranquila, decidida, brillándole en los ojos la energía de las grandes resoluciones.

—No... no hagamos locuras... Seamos formales. Mira, voy á decirte la verdad... Yo continúo queriéndote... Pero comprendo que es preciso concluir. Mi marido... ¡Oh! ya sé yo que el amor es una fuerza poderosa que destruye todos los falsos convencionalismos sociales... Pero yo soy una pobre mujer, débil, sin carácter... ¡Perdóname!... Y además, que comprendo... ¡Si te digo que no hay sentimiento que no se gaste, que sea eterno!

Ahora era él el que asentía con la cabeza, sin fuerzas ya para protestar.

—¡Tienes razón!

Le pareció que allá en su pecho se había desmoronado algo.

—¡Adiós!

Estuvieron con las manos cogidas largo rato, ya en pie los dos, al lado de la puerta, sin atreverse á separarse.

—Adiós... Perdóname.

Se asomó al balcón para verla partir.

La pérfida caminaba muy aprisa, con ganas de alejarse pronto, y ya en la esquina de la calle volvió la cabeza instintivamente para despedirse, y le saludó con la mano.

Tuvo intenciones de llamarla.

Le pareció que aquella mujer que se iba para siempre, ¡ay! para no volver más, era su juventud que desaparecía, que se alejaba también.

Suspiró con angustia.

—¡Adiós!

LA SIESTA

Estábamos escondidos detrás de la persiana. Eran las tres de la tarde, la dulce hora de la siesta.

Desde la calle, desierta á la sazón, subía hasta nosotros un vaho asfixiante que nos sofocaba. Hacía un calor insoportable. ¡Ni una ráfaga de aire que refrescara la atmósfera!

No nos atrevíamos á hablar por temor de que despertara doña Amparo, que dormía allá en un rincón oscuro de la sala, con la boca abierta, roncando á más y mejor.

—Si tú me quisieras un poco...

Ella me señaló con el dedo á su tía.

—¡Chist! Puede oírnos.

Yo estaba como absorto mirándola y remirándola, sin que mis ojos se saciaran nunca de contemplarla.

Ella, algo emocionada, se reía.

—¡Ni que tuviera monos en la cara!

Sí; estaba muy bonita con aquella ligera bata de verano que dejaba adivinar las bellezas de su cuerpo.

Y mis ojos se fijaban tenaces en su cuello desnudo, lleno de vida...

—Hablaré muy bajito para que no se despierte. ¡Si tú supieras lo que le agradezco á la buena señora que se haya dormido! Porque tengo que decirte muchas cosas.

Ella me interrumpió.

—Pues mira, dí lo que quieras; pero no me mires así, con esos ojazos de loco... ¡Me das miedo!

Intenté cogerla las manos, pero ella se resistió valientemente.

—¡A que despierto á mi tía!

—Pues sí, muchas cosas... La primera... que te adoro.

—¡Pues vaya unas novedades que me cuentas!

—Sí—continué—tú no sabes, chiquilla, lo que yo te quiero. Estoy loquito por tí. ¿Y cómo no quererte? Porque mujeres hay en el mundo, pero superiores á tí... ¡ninguna! ¡Dios mío, cada vez que te miro me parece más hermosa! A veces—no, no te rías—siento tentaciones de arrodillarme delante de tí como si fueras la virgen; de arrodillarme delante de tí para adorarte.

Ella, muy emocionada, con los ojos bajos, suspiraba lánguidamente.

—¡Pero qué embusterísimo eres!

Yo entonces hice como que me indignaba.

—Te juro que digo verdad. Me ofendes con tus dudas. Yo no deseo más sino demostrarte prácticamente lo muchísimo que te quiero. ¿Pruebas? Pues mira, yo haré todo lo que tú me mandes, por absurdo que sea. Habla, que estoy dispuesto á obedecerte.

Hice una pausa esperando su contestación. Pero ella aparentaba no oirme, y fijaba sus ojos inquietos en la buena de su tía, que continuaba roncando ruidosamente.

—¡Vaya!—exclamé con exaltación—¿quieres que te haga ofrenda de mi vida? ¿quieres que me mate?

Ella entonces, verdaderamente asustada, lanzó un grito de terror.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Tú te has vuelto loco!

La ocasión no era para desaprovechada. Antes de que tuviera tiempo de evitarlo, la cogí en mis brazos y uní mi boca á la suya.

Fué cosa de un momento. Cuando quiso protestar era ya tarde. Pero pasada la sorpresa, quiso huir, lanzándome una mirada llena de amor é indignación.

—¡Para que yo vuelva á fiarme!

Y con voz que hacía temblar la emoción:

—¡Ya ves qué vergüenza si llega á vernos la tía!

ABANDONADA

«No tengo valor para hablarte y apenas si lo tengo para escribirte... Soy un cobarde á quien las circunstancias obligan al heroísmo. ¡Compadéceme!»

Y después de este enigmático prefacio, la noticia de su casamiento, seguida de una de esas historias hábilmente escritas, con que los hombres de imaginación tratan de engañar á la gente sencilla. Luego, disculpas, satisfacciones, excusas... ¡Un amontonamiento de palabras para justificar lo injustificable!

Se puso en pie y estrujó rabiosamente, con mano trémula, aquel papel en el que había estampado el ingrato las palabras reveladoras de su infamia.

—¡Miserable!

Maquinalmente se llevó las manos á la cabeza. Se sentía atontada. La lectura de aquella carta le había producido el mismo efecto que si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo.

No podía pensar.

Pero poco á poco fué cediendo su aturdimiento, y recordó, palabra por palabra, con

pasmosa fidelidad, toda la carta de su amante.

Se echó á llorar, primero convulsivamente, con sollozos y gritos desgarradores, y después, ya más calmado su dolor, silenciosamente, con tantas lágrimas como suspiros.

Pasado el violento acceso pasional, ya en posesión completa y absoluta de todos sus sentidos, se erigió en juez de su causa, y formuló friamente este apóstrofe, solemne como una sentencia:

—¡Miserable!

É inspirada por sentimientos de indignación más que de cólera, estrujó de nuevo el papel entre sus manos, encogióse de hombros despreciativamente, y lo arrojó á la chimenea con ademán de asco y de desdén.

—¡No merece sino mi desprecio!

Y miró satisfecha cómo el fuego reducía á cenizas la carta.

—¡Así! ¡Muy bien!

Después se sintió completamente tranquila.

—Nada más absurdo que el dolor... A mi edad, el cerebro debe dominar al corazón. Reflexionemos... El problema es éste. ¿Puedo yo olvidar á ese hombre?

No titubeó un momento en contestar. ¡Ay! el odio no se produce con tanta facilidad como el amor.

—¡No, y no!

Entonces pensó con temor en el porvenir, y olvidó el presente.

—¿Qué va á ser de mí?

Se hizo esta pregunta con verdadera angustia, y guardó silencio por algunos minutos, sin saber qué responderse.

—¿Mi marido? No... Hay faltas que no se pueden, que no se deben perdonar... ¿Una reconciliación? ¡Imposible!

Se apretó la frente con la desesperación del que busca una idea y no la encuentra, y escudriñó largo rato en su cerebro, con heroica tenacidad, buscando en vano la solución del problema.

—Entonces... ¿quién?

Hizo otra pausa.

—¡Nadie!

Cuando arrancó de su cabeza aquella desconsoladora verdad, sintió flaquear su espíritu al par de su cuerpo; instintivamente se apoyó en un mueble para no caer al suelo, y miró con angustia alrededor suyo, buscando afanosamente alguien á quien implorar amparo y ayuda, y al verse sola, completamente sola, lanzó un grito de cólera y de desesperación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Después elevó los brazos en actitud de amenaza, y cayó pesadamente al suelo, derribada por el dolor y la rabia.

WERTHER

Tuvo aquella entrevista el carácter misterioso necesario para toda confidencia. Los dos estaban solos.

Él comenzó á hablar alegremente de asuntos sin importancia, y de pronto, poniéndose serio, con voz lúgubre:

—Tengo el presentimiento, Carlota, de morir muy pronto, y de morir de mala manera. Sí, créame usted—añadió—yo voy á tener un fin trágico...

Carlota le interrumpió riendo:

—¿Va usted á casarse?

—No: ya sabe usted que yo no puedo casarme estando usted casada.

El diálogo se hacia difícil. Ambos guardaron silencio.

—¿Conoce usted las obras de Goethe?

—¿Goethe? ¿El autor de *Fausto*?... ¡Hermosa ópera.

Callaron de nuevo. La ignorancia de Carlota—una de tantas mujeres superficiales como pululan por los salones—había disgustado al misero.

—¿Y por qué la pregunta?

—¿Decía usted? ¡Ah, señora! Porque yo voy á morir lo mismo que el protagonista de una de las más hermosas novelas del escritor alemán: lo mismo que Werther. Sin duda no conocerá usted esa historia, ¿verdad?

—No...

—Una historia muy extraña. Un loco, quiero decir, un enamorado, que se suicida... Una esposa fiel hasta la crueldad... Un marido modelo, ó sea un hombre todo lo menos marido posible...

—¿Y qué relación trata usted de establecer entre esos personajes y nosotros?

—Ninguna. A usted no me atrevo á juzgarla; su marido es un marido en toda la extensión de la palabra, y en cuanto á mí...

—Usted se reservará el papel de loco, quiero decir, de enamorado.

Se echó á reír.

—¡Qué romántico es usted!

—Ríase usted todo lo que quiera; pero yo le aseguro que existe una extraña analogía entre mi vida y la vida de ese desventurado Werther. Ambos hemos amado y hemos olvidado más tarde para amar de nuevo. Ambos hemos tenido la desgracia de enamorarnos de mujeres casadas, de mujeres convencidas de su deber, incapaces de anteponer el amor á la

honra. Y, por último, para que la semejanza sea absolutamente completa, yo...—¡ah, señora! no se ría usted, hablo con entera sinceridad—tendré el mismo fin que Werther... ¡Me mataré!

Hizo una pausa, una pausa de efecto, y luego, en voz muy baja, como si hablara consigo mismo:

—Sí... el suicidio. ¡La solución de todas las soluciones!

—Amigo mío, ¡que exagerado es usted y qué poco razonable!

Él no le contestó: llevóse las manos á los ojos y permaneció breve rato en silencio, horriblemente emocionado, sin fuerzas para hablar.

—Perdóneme usted—dijo después, algo más sereno.—¡Ah! Debo parecerle demasiado ridículo, ¿no es verdad?

—¡Oh, no! No piense usted tal cosa.

Se puso en pie.

—Dispéñeme usted si la he molestado.

—¿Se va usted ya? ¿Hasta cuándo?

El mísero sonrió.

—¡Quién sabe! ¿Acaso tiene usted interés en que vuelva?

—Sí... desde luego. Ya sabe usted que le considero como uno de mis mejores amigos.

Y recalcó esta última palabra.



—¡Ah, señora! Si usted quisiera...
—Amigo Werther—contestó ella sonriendo
—no me pida usted imposibles.

—¿De modo que me condena usted?...

—Sí; á que sea mi amigo.

Y bajando la voz, en tono confidencial:

—¿No exagera usted su amor? ¿No me miente usted? ¿No se engaña usted á sí mismo?

Fué su respuesta una exclamación:

—¡Señora!

—En ese caso, prométame usted no ser tan romántico y tener un poco de paciencia.

Y tendiéndole graciosamente la mano en señal de despedida:

—Quiero que me preste usted esa novela.

—¿Werther?

—Sí; deseo saber si existe esa analogía entre usted y ese desgraciado.

—¡Ah! ¡Gracias, Carlota!

—Con que... hasta cuando usted quiera.

Se estrecharon de nuevo las manos.

—
Dos días después recibió el protagonista de esta historia un ejemplar de la célebre obra de Goethe, acompañado de la siguiente carta, firmada por Carlota:

—... ¡Yo no quiero que tengas el mismo fin que Werther! ¡Ven!

SOLILOQUIO

Á LA SEÑORA MARQUESA DE * * *

—Oh, cuán frágil de memoria es usted, señora marquesa! He pasado toda la noche delante de usted, como una interrogación viva, y usted ni siquiera se ha dignado reconocermeme... En los dos años que hace que no nos vemos he debido de cambiar mucho.

Y sin embargo, señora, yo soy el mismo de siempre. Sí, yo soy aquel á quien usted juraba amar toda la vida.

No, yo no puedo creer que haya usted olvidado tan pronto aquella nuestra primera cita de amor.

Sí, acuérdesese usted, señora; haga usted ¡por Dios! un poco de memoria.

Yo la aguardaba á poca distancia de su casa. Tomamos un coche. Usted estaba muy intranquila, muy nerviosa. De vez en cuando decía usted, como si hablara consigo misma:

«¡Qué imprudencia! ¡Qué imprudencia!»

¡Oh, estaba usted muy asustada!

En cada transeunte creía usted reconocer á su marido, y á mis palabras de amor respondía con simples monosílabos.

Cuando entramos en la Castellana comenzó usted á tranquilizarse. En todo el largo paseo no encontramos un alma.

Ya creía segura la victoria cuando de repente lanzó usted un grito de terror. ¿Qué le ocurría? ¡Ah, una gran desgracia! Se le había perdido el pañuelo. Y era preciso encontrarlo á toda costa, porque aquel pañuelo podía comprometerla.

Entonces yo, para tranquilizarla, me dediqué á su busca y captura. Pero el maldito no parecía por ninguna parte.

Recuerdo que, tanteando el suelo del coche, mis manos fueron á tropezar inconscientes con los pies de usted. Recuerdo también que la hice observar que tenía desatadas las cintas de los zapatos. Pero usted protestó: «¡Si he traído botas!»

Encendí una cerilla para saber á qué atenerme. ¡Oh, qué bonita estaba usted en aquellos momentos!

Al verme á sus pies, contemplándola extasiado, se echó usted á reír con verdadera alegría.

—«¡Parece usted un perro!»

De pronto, y cuando estaba más absorto en

mis pesquisas, dió usted un grito de júbilo.

—«Aquí está; ya pareció; lo tenía en el bollo... ¡Qué distraída soy!...»

Desde el encuentro del pañuelo todo marchó á las mil maravillas. Sí, señora marquesa; no me había engañado en mis imaginaciones; era usted la mujer cariñosa y apasionada que yo había soñado.

Y al regreso de nuestra expedición, al estrecharnos las manos por última vez, acuérdesse usted, señora, de la promesa que me formuló:

—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

* * *

Y he aquí, señora, que al cabo de dos años volvemos á vernos, y no se digna usted siquiera fijar sus ojos en mí.

Mientras hago estas dolorosas reflexiones, usted charla que charla con un antipático jovencuelo, sin preocuparse ni poco ni mucho de mi humilde persona.

¿De qué habla usted, señora? ¿Puede saberse? ¿Por qué se ríe usted de esa manera y se tapa la cara con el abanico?

En este momento acaba usted de dejar caer su pañuelo.

El jovencito se apresura á recojerlo y á devolvérselo, no sin retenerlo un momento entre sus manos.

Usted se sonríe complacida.

Ahora hablan ustedes en voz baja, muy cerca el uno del otro... Sí, ya sé lo que le dirá usted á ese desgraciado:

—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

¡Ah, señora marquesa, usted volverá á recorrer en coche el paseo de la Castellana!

.....

LA SEGUNDA JUVENTUD

—Treinta y siete años. Ni uno más ni uno menos. Casi una vieja. Si no me mirase usted con ojos de enamorado—y ya es sabido que los enamorados no «saben ver»—habría usted advertido que tengo la cabeza llena de canas. ¡La nieve del invierno, que diría un poeta cursi! Yo le ruego á usted que me mire como me miran los demás, desapasionadamente, y notará usted los estragos que ha hecho en mí el tiempo.

Y aproximó su cara á la del joven, sonriendo, algo pálida por la emoción.

El, por toda respuesta, quiso abrazarla; pero ella le contuvo con un gesto.

—Hablemos antes. Usted es un loco extraño; un loco que se obstina en no recobrar la razón. Y yo quiero volverle al juicio, curándole de ese antojo que siente usted por mí. ¡Ay, pobre niño, usted no sabe lo peligroso que es enamorarse de una mujer como yo, gasatda por la experiencia, desilusionada, aburrida!... Fuera una crueldad, de la que no quiero hacerme responsable, unir mis treinta

y siete años con sus veinte. ¡Tengo lástima de su juventud y no quiero mezclarla con mi vejez!

Calló un momento, ahogada por la emoción, sin fuerzas para continuar hablando.

—Y supongamos,—¡la carne es frágil!— que yo me enamorase de usted.

Se llevó las manos á la cabeza, como horrorizada de aquella idea.

—¡Oh, no quiero ni siquiera pensarlo! Usted no sabe como aman las mujeres á mi edad. Con toda el alma y con todo el cuerpo. Y yo tengo ya derecho á descansar, á vivir solo para mí, sin preocuparme de nadie...

Hizo una pausa, y después continuó, ya algo más tranquila.

—Leo en su pensamiento como en un libro abierto. Sí, ya sé lo que va usted á decirme: que exajero, que estoy en lo mejor de mi edad, que soy aún joven y hermosa. ¡Lo que se dice siempre en estos casos!

Se interrumpió para sonreirse.

—Y acaso tendría usted razón al hablarme así. Todavía soy, todavía puedo parecer agradable á los hombres... Pero ya he comenzado á bajar la cuesta, mientras usted á penas si ha comenzado á subirla. Nos separa un abismo; el abismo de los años. Hoy, y gracias á la buena voluntad que parece usted tenerme, to-

avía puedo parecerle joven y hermosa... Pero, ¿y mañana?

Y yo no soy capaz de consentir, ¡soy muy orgullosa!, que llegado el momento inevitable de la desilusión, continuara usted *haciendo* como que me quería... ¡No, yo no me siento capaz de sufrir semejante humillación!

En una palabra, amigo mío; he entrado ya en la *segunda juventud* de que hablan los poetas. Soy casi una anciana. Ya le he dicho á usted que tengo la cabeza casi blanca. Míreme usted, yo se lo ruego, como me miran los demás, y ya verá usted como me encuentra algo vieja.

Y sonriéndose, aproximó su cara, pálida aún por la emoción, á la cara del joven.

El la estrechó contra su pecho sin decir palabra, y ella se dejó abrazar sin oponer resistencia alguna.

—¡Ay, niño mío, qué loco eres y qué loca soy! Pero prométeme que me has de amar siempre, siempre...

EL CRIMEN DE ANOCHE

—«Tengo el honor de participar á V. E...»
De una sola ojeada se hizo cargo del texto del oficio.

—Bueno, enterado.

—«Mi buen amigo: el dador de la presente...»

—¡Otra recomendación! ¡Y van ciento!

Aquella mañana se había levantado S. E. con poquísimas ganas de trabajar.

—¿Quedan muchas aún?

El secretario dirigió una mirada elocuente por lo expresiva al enorme montón de papeles que, formando pirámide, se elevaba sobre una de las mesas del despacho.

—Unas pocas.

Y ambos continuaron en silencio su tarea, con el apresuramiento impaciente del que quiere acabar pronto.

—Bueno... una carta sin firma.

Y comenzó á leerla en alta voz, con la displicencia de un hombre aburrido:

—«Aunque es poco agradable el papel de lazarillo—llevar de la mano á un prójimo para

que no se rompa las narices—me creo en el deber de advertirte...»

Interrumpió la lectura, y encarándose con su secretario:

—Retírese usted... ¡Pronto! No tengo más ganas de trabajar.

Cuando estuvo solo, leyó de nuevo aquel papel sin firma, y después dejó caer la cabeza sobre el pecho, anonadado, obseso por el dolor.

—¡Pero si no es posible!... ¡Si no puede ser cierto!... ¡La madre de mis hijos!... Y, sin embargo, este papel bien claro lo dice: «Todas las noches...—¡es indudable, dice todas las noches!—tu mujer...—¡ay Dios, mi mujer!—aprovechando tu ausencia, recibe la visita del marqués de***... Puedes, si quieres, comprobar la noticia.»

Automáticamente se puso en pie y estrujó el anónimo entre sus manos con rabiosa desesperación.

—¡Pues la comprobaré, la comprobaré, y si la denuncia no es falsa!...

Hizo un paréntesis en sus reflexiones, y después, en alta voz, perdida la conciencia de la realidad, se interrogó á sí mismo:

—¿Pero quién firma esta carta?... Nadie. Es una carta sin firma. Un anónimo. ¿Y quién la ha escrito, quién ha podido escribirla?... ¡Pues

cualquiera! Un valiente... de esos que tiran la piedra y esconden la mano. ¡Algún amigo, sin duda!

De repente se sintió aliviado.

—¿Quién hace caso de un anónimo?—Y suspiró con satisfacción.

—Soy un infame, un miserable... He dudado, más aún, he creído... ¡Pero si no merezco perdón de Dios!... ¡Sospechar, no, más que eso, dar fe á la calumnia!... ¡Soy digno de que la mentira se trocase en verdad, de que este papel—y lo estrujó rabioso entre sus manos—monstruoso cúmulo de falsedades, fuese reflejo fiel de los hechos!

Se puso en pie, convaleciente aún de la emoción sufrida, pero ya casi tranquilo.

—He estado loco, pero afortunadamente he vuelto á recobrar la razón... Destruyamos la calumnia... ¡Ay, si de igual modo pudiese destruir al calumniador!

Después de haber reducido el anónimo á fragmentos imperceptibles, tocó el timbre y mandó que enganchasen.

—¡A casa!—dijo al subir al coche.

*
*
*

Estaba tan emocionado que apenas si podía hablar.

—¡Clementina!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, la cogió brutalmente por los brazos, la atrajo hacia sí, y la dijo, mirándola fijamente á los ojos:

—«Todas las noches, tu mujer...»

Ella, espantada, dió un grito, y entonces él, besándola en la frente—en aquella frente immaculada, tan blanca y tan tersa—se echó á reír alegremente, disipadas por completo todas sus dudas.

—¿Pero te has asustado?

Y para tranquilizarla la dió en el oído, con voz emocionada, estrechándola entre sus brazos.

—He venido solo para esto, para besarte... Me he escapado del ministerio, como un chiquillo travieso pudiera hacerlo de la escuela, porque tenía necesidad de verte... Ahora... me voy.

Ella se había calmado y sonreía.

—¡Vaya unas bromas que tienes!—Y con tono mimoso:—¿Vendrás muy tarde?

El misero volvió á mirarla á los ojos y se estremeció.

—¿Por qué me lo preguntas?

Clementina bajó los ojos ruborizada.

—Porque esta noche pensaba no acostarme hasta que vinieras.

—¡Ah, vida mía! Lo más pronto posible, te lo prometo.

Sonó un beso.
—¡Hasta luego!

* * *

Salió del ministerio por una puerta excusada, sin ser visto de nadie.

Pensaba en la sorpresa que iba á proporcionar á su mujer y apresuraba el paso, ansioso de llegar cuanto antes á su casa.

—Hay luz en su alcoba. ¡Me espera!

De pronto recordó las palabras del anónimo: «Todas las noches, tu mujer...»

Se detuvo para tomar aliento, y después se dirigió cautelosamente, con el andar sigiloso del reptil, á las habitaciones de su esposa.

De un empujón abrió la puerta.

—¡Clementina!

Pero retrocedió estupefacto. Su mujer no estaba sola. Al lado de ella, de rodillas, había un hombre.

Los amantes, sorprendidos, se pusieron en pie.

Clementina, sin perder ni por un momento la serenidad, dió un salto y apagó la luz.

—¡Miserables!

Y el desgraciado, con las manos extendidas, derribando á su paso los muebles, se lanzó furioso á la caza de la adúltera.

—¡Por fin!

La había agarrado por el cuello.

—¡Perdón!... ¡Perdón!...

Pero él, implacable, apretaba con fuerza y con ansia.

—¡No hay perdón para tí!

De repente, un grito semejante á un ronquido se escapó del pecho de Clementina, y el misero sintió desplomarse en sus brazos aquel cuerpo querido, tantas veces acariciado por él...

Un sollozo de frenética angustia surgió de su boca, y se dejó caer al suelo horrorizado, estrechando convulsivamente entre sus brazos el cadáver de su mujer.

LA DERROTA

Estaban solos. Ella, Julia, sentada en una marquesita próxima á la chimenea, muy seria, muy pálida, con los ojos bajos, inmóvil y muda como una estatua; él, Ernesto, sentado á larga distancia de ella, mirándola y sin decir palabra.

Al fin él se decidió á hablar.

—Pero, ¿por qué estás triste?

—¿Y tú me lo preguntas?

No la contestó, y casi sin darse cuenta de lo que hacía cayó de rodillas y estuvo mirándola largo rato en silencio.

—¡Cuánto te amo!

Ella se estremeció al oírle y le rechazó suavemente.

—¡Quita! ¡Quita!

Y haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad se puso en pie, y corrió á refugiarse al otro extremo de la habitación.

—No... nada de locuras. Es necesario que hablemos formalmente... Te digo que las cosas

no pueden continuar así... Es preciso que tomemos una resolución.

Se aproximó nuevamente á Ernesto, y en voz baja, con acento de dolor, le hizo confesión de sus pesares.

Estaba decidida á terminar. Afortunadamente su marido no sospechaba nada. Pero ella era demasiado leal para continuar engañándole. Además vivía en una constante intranquilidad, no tenía un momento de sosiego, era muy desgraciada.

Y no encontrando palabras con que expresar su dolor, se echó á llorar convulsivamente, apoyando su cabeza sobre el pecho de Ernesto.

—Mira—añadió—yo no puedo vivir sin tí. ¡Ay, he hecho todo lo posible por olvidarte! Pero como las olas van á parar á la playa, todos mis pensamientos, fatal é inevitablemente, van á parar á tí. Es una obsesión, es una verdadera obsesión la que padezco. ¡Ay! La idea ha echado raíces tan hondas en mi cerebro, que no puedo arrancarla, por más esfuerzos que hago. ¿Que cumpla con mis deberes? ¡Pero si eso es lo que anhelo hacer; pero si eso es lo que no puedo hacer! ¡Yo quisiera morir heroicamente; yo quisiera sacrificarme en aras del honor!

Hizo una pausa. Se ahogaba. Y luego, de-

safiando á su amante con un ademán soberbio de dignidad, de soberana altivez:

—¡Pero te juro que he de salir vencedora de la contienda!

Entonces él la tendió los brazos.

—¡Vida mía!

—¡No te acerques!—vibró en su acento la angustia de la derrota—¡digo que no te acerques!

Instintivamente retrocedió unos pasos, pero de nuevo volvió á aproximarse á su amante.

¡Oh, la atracción del abismo!

Entonces él la cogió en sus brazos.

—Pero escúchame... Sólo dos palabras. Yo no sé si sabré explicarme, pero procura tú entenderme... Estoy tan emocionado, que apenas si puedo hablar... He hecho examen de conciencia; mi pensamiento ha descendido hasta mi corazón, y vengo á confesarme á tí con las manos llenas de verdades. ¡Yo también lucho por olvidarte! ¡Pero juro que no puedo conseguirlo! ¡Ay, siento mi corazón abrasado por el incendio del amor eterno! ¡No me hables, por Dios, del deber. ¡La fe jurada, la constancia impuesta, los respetos sociales!... ¡Bah, convencionalismos que destruye la pasión! Sí, vida mía; el amor es como el mar cuando se desborda; lo arrasa todo, conveniencias, obligaciones, deberes... ¡todo!

Ella le escuchaba en silencio, sin atreverse á interrumpirle, y de pronto le echó los brazos al cuello.

—¡Tienes razón!

Y aún con dejos de angustia en la voz, añadió:

—He sido vencida... ¡Pero no abuses de tu victoria!

EL ANIVERSARIO

Saltó de la cama, medio desnuda; la camisa desprendida de los hombros, el pelo suelto sobre la espalda, y escondiendo sus piecillos en unos zapatitos turcos, se encaminó á las habitaciones de su esposo.

Era el amanecer. Por los cristales de los balcones se filtraba la blanca claridad del día, y allá por el Oriente, velado por las nubes, aparecía majestuoso el sol, dorando el espacio con sus reflejos.

Juana levantó temblando el *portier* de la alcoba y hundió sus miradas en las sombras del cuarto.

Al pronto no vió nada; luego, sus ojos fueron acostumbrándose á la obscuridad.

¡La cama de su marido estaba vacía!

No gritó, no lloró siquiera; con movimiento maquinal se llevó las manos al pecho, inclinó la cabeza y tartamudeó una queja.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

No se sentía desesperada, no, sino entristecida, con ganas de llorar mucho.

De pronto, levantó la cabeza y miró airada

al lecho vacío, apretando los puños; después se encogió de hombros despreciativamente é hizo una mueca forzada de desdén.

—¡Bah!

Una cólera rabiosa, de mujer despechada, iba poco á poco invadiendo su corazón y su cerebro.

—No... el miserable no tiene disculpa... Me ha engañado de un modo villano, inicuo... Porque, ¿qué motivos le dí yo nunca?... ¡Ninguno! Le he querido—¡ay! creo que continúo queriéndole—con cariño de esposa y amante... He cumplido lealmente, con riguroso celo, mis deberes de mujer casada... He satisfecho todos sus deseos... Me he llevado la copa á los labios, y cuando él me ha dicho «No bebas más», he dejado de beber... He anulado mi voluntad, he efectuado el prodigio de que mi cerebro pensara con el suyo y mi corazón sintiera con su corazón... Y todo esto lo he hecho naturalmente, sin darle importancia, porque consideraba que así debía hacerlo, que ese era mi deber... En una palabra, que he cumplido, como buena, mis obligaciones, y tengo el derecho de que mi marido, á su vez, cumpla las suyas. ¿No lo hace así? ¿Olvida sus compromisos y rompe el lazo que en hora de amor nos echamos al cuello como símbolo de unión entre nuestras almas y nuestros

cuerpos? ¡Pues sea! ¡Ya está roto! Ya somos los dos libres y cada uno puede marchar por el camino que se le antoje. Pero ¡cuidado! que una mujer desdeñada es siempre peligrosa, y la venganza es muy dulce, y el abismo atrae.

De repente se abalanzó asustada á la puerta creyendo oír rumor de pasos. Sí... alguien se acercaba. ¡Su marido! Sintió que le faltaban las fuerzas y se apoyó en un mueble.

Pasó un segundo, largo como una eternidad. Allá, en la calle, se oía el alegre vocerío de los vendedores, la loca animación de la ciudad que despertaba, que volvía á la vida activa...

Maquinalmente levantó Juana la cabeza, y fijó sus ojos asustados en la fecha que marcaba el almanaque.

Dió un grito.

—¡Hoy hace tres años que me uní á ese hombre!

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el marido de Juana, muy turbado, sonriendo, sin embargo, para ocultar su embarazo.

—¿Qué haces aquí?

Juana no contestó. Quería hablar, sí, pero no podía: se ahogaba. Miró fijamente á su marido, y cogiéndole de un brazo, le señaló

con la mano el almanaque. Después, vencida por la emoción, se echó en brazos del infiel, que en vano buscaba una frase con qué justificarse, y mimosamente, pegando su boca á la oreja de él, murmuró, más bien que dijo, esta sola palabra.

—¡Ingrato!

VERSOS DE BECQUER

(ÍNTIMA)

La encontré al cabo de algunos años en no recuerdo qué fiesta.

Nos saludamos con mucho afecto.

—¡Ah, eres tú!—y sonriéndose, con tono alegre:

—¡Pero cuánto tiempo sin vernos!

—Sí... mucho tiempo.

No sabía qué contestarla. Aquella mujer era mi pasada juventud que se levantaba á hablarme.

Ella permanecía tranquila y serena, sin emoción y sin rubor, mirándome audazmente á los ojos.

No, no le salían á la cara aquellos besos que yo le había dado durante el tiempo de nuestros amores.

¡Dios mío, lo que yo había querido á aquella mujer! ¡Una locura! Suponéos que la había hecho entrega de mi corazón, y ella lo había estrujado entre sus manos, hasta dejarlo seco y sin jugo.

Sentía tal adoración por ella que la coloqué en un altar, haciéndola ofrenda de mi juventud y mi vida.

Y de pronto el ídolo huyó del templo, abandonó el ara y se fué á corretear por el empedrado de la calle. ¡La Purísima transformada en bacante!

Y he aquí que pasados algunos años la volvía á encontrar, la volvía á tener al alcance de mis brazos.

No, ya no era posible que hubiese nada entre los dos. El pasado nos separaba. Pero aquella mujer debiera haberme recibido con lágrimas en los ojos y palabras de arrepentimiento en los labios.

—Ya sé que me encontrarás muy cambiada. He sufrido mucho... Ahora comienzo á gozar de una relativa tranquilidad. Tu recuerdo me ha seguido á todas partes, me ha acompañado siempre... ¡Ay, he pecado muchas veces con el pensamiento! Hallándome entre los brazos de mi marido, he cerrado los ojos para pensar en tí... ¡Soy una infame! Pero tengo el firme propósito de permanecer honrada. Huye de mí... No podemos ni siquiera ser amigos, porque entonces volvería á resucitar nuestro antiguo amor... Mira, no me ha sido posible dejarte ir sin que hablásemos... Pero te ruego que te vayas. Comprende mi situación... Démonos un

último adiós y olvidémonos... ¡Te digo que estoy decidida á ser honrada!

No tuve tiempo de contestarla. En aquel momento vino á interrumpirnos un joven que á primera vista me pareció simpático.

—Tengo el gusto de presensarte á mi marido.

La orquesta comenzó á preludiar un vals de Metra. Me oculté en un rincón de la sala y la ví bailar en compañía de su esposo. Debía estar muy contenta porque no cesaba de reir.

Abandoné la fiesta lleno de tristeza, y recitando en voz alta, como un loco, aquellos sentidísimos versos de Becquer:

«Alguna vez la encuentro por el mundo
y pasa junto á mí,
y pasa sonriéndose, y yo digo:
—¿Cómo puede reir?
Luego asoma á mi labio otra sonrisa,
máscara del dolor,
y entonces pienso: ¡Acaso ella se ría
como me río yo.»

LA MUSA ETERNA

—Mi querido poeta: ya sabe usted que las mujeres tenemos el derecho de ser curiosas... Pero bien, yo quiero formularle á usted una pregunta, una pregunta indiscreta...

El joven hizo una inclinación de cabeza y sonrió amablemente.

—Usted puede interrogarme siempre que quiera.

—Verá usted. ¡Oh, es una curiosidad la mía algo inocente! Yo quisiera saber, mi querido poeta, quién es la musa que le inspira á usted sus hermosos versos.

Dudó un momento antes de contestar.

—¿Mi musa?

Y con voz conmovida, balbuceando:

—Mi musa... ¡es usted!

—¿Yo?

—Sí... ¡Oh, hace mucho tiempo que tengo necesidad de decirle á usted que la amo, mucho tiempo!... Pero yo no sé hablar, sino sentir.

Sí; mi musa es usted... ¡Oh, esos ojos de mirar sereno, tan grandes, tan negros!... Yo quisiera llevar á mis versos toda esa luz... ¡Madre

de Dios, si parecen dos luceros! No, no los cierre usted, ¡por todos los santos!, que voy á quedarme á obscuras. ¡Ah, si yo pudiese meterme toda esa luz en el cerebro y en el corazón!...

Sí; mi musa es usted... He luchado mucho y tengo necesidad de reposo y de descanso... Siento la nostalgia del hogar... No se ría usted; la nostalgia del hogar... Hace muchos años que estoy peleando con las olas, sin conseguir llegar á la playa... ¡Auxílieme usted, por Dios! ¡Deme usted la mano, que voy á ahogarme!

Ella le escuchaba emocionada, sin atreverse á interrumpirle.

—No puede usted negar su temperamento de artista, su profesión de poeta. Habla usted como un inspirado.

Y variando de tono, burlonamente, llena la boca de risa:

—Muchas gracias por su contestación; es usted muy galaate, amigo mío. Pero creo un deber declararle que está usted equivocado. Yo no puedo ser su musa. ¡Ay infeliz de mí, yo soy una mujer vulgar, sin ilustración, sin talento, sin mérito alguno... Ni siquiera soy bonita. Me he mirado muchas veces al espejo, porque soy un poco coqueta, y estoy convencida de que no valgo nada... Yo no puedo ser la poesía; la prosa, si acaso.

El la interrumpió:

—No tiene usted derecho á calumniarse...

¡Oh, si usted me quisiera un poco!

Ella entonces, sonriendo, le alargó la mano.

—¡Veremos!

Sonó un beso.

—Sí—murmuro él;—la poesía es el amor, y la mujer es la eterna musa del poeta.

LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO

—¡Pepe!

La voz venía de la calle y era una voz fresca y alegre como una carcajada.

—¡Demontre, la Luisa!—gritó el albañil poniéndose de pie en el andamio y asomando todo el cuerpo á la calle.

La mujer alzó aún más la voz, temiendo no ser oída.

—¿Oyes? Voy á casa de mi madre. Allí te espero... Que no tardes.

El albañil mientras tanto miraba embobado á su mujercita, y se le pasaban los grandes deseos de bajar de un salto á la calle para estrecharla contra su corazón.

—Sabes que así, vista de lejos, pareces muy hermosa.

Ella se echó á reir alegremente, muy satisfecha con la galantería de su marido.

—¡Tonto, mejor estoy de cerca! Pero, límpiate! Estás muy alto para verme.

El, entonces, maquinalmente, se echó casi fuera del andamio para contemplarla más á su sabor.

—¡Ten cuidado!—gritó ella asustada.—
¡Agárrate bien á la cuerda!

Pero la recomendación llegó tarde. El pobre hombre había puesto un pie en falso y caía á la calle de cabeza, agitando desesperadamente las manos, como buscando algo de que asirse.

El cuerpo, al caer sobre el empedrado, produjo un ruido indescriptible de huesos rotos...

Sonó un grito, un grito semejante á un alarido, y la mujer—aquella mujer de voz fresca y alegre como una carcajada—se lanzó sobre el ensangrentado cuerpo del albañil llorando como una loca...

* * *

Después vino el Juzgado y el médico de la Casa de Socorro, y hasta un par de parejas de agentes de Orden público, y mucha, muchísima gente...

El médico no se dignó siquiera examinar á la víctima. Se limitó á pasarle las manos por el pecho buscándole el corazón, é hizo una mueca de disgusto.

—Está muerto y bien muerto.

Entonces el Juez abandonó el lugar de la ocurrencia, seguido del Escribano y del alguacil, y dispuso la traslación del cadáver al Depósito.

Poco á poco fué disolviéndose el grupo de

curiosos. Caía la tarde. Los guardias de Orden público, mientras velaban el cuerpo de la víctima, discutían á gritos no sabemos qué problemas políticos de actualidad; y la mujer del pobre albañil seguía arrodillada en el suelo, llorando y maldiciendo, frenética de dolor...

* * *

Y al día siguiente publicaban los periódicos la consabida noticia:

«Ayer se cayó del andamio en que estaba trabajando el obrero Fulano de Tal.

Su cadáver fué trasladado al Depósito.»

FRAGILIDAD

—Te aseguro...

Entonces ella se puso en pie, dando por terminada la conversación, y tranquilamente, sin alterarse, con acento sereno:

—¿Pero á qué vienen esas explicaciones? Es inútil que trates de justificarte. Además, te repito, que encuentro muy lógico que te hayas cansado de mí, porque admitido este hecho, hallo también muy natural que yo me haya cansado de tí... Estamos en igual caso, amigo mío.

Sí, confesémoslo lealmente; uno y otro nos hemos engañado... Pero al fin reconocemos nuestro error. ¿Quién no se equivoca en este mundo? ¡Ah, no hay amor que resista á la influencia del tiempo!

¿Te acuerdas? No hace todavía tres meses que en este mismo gabinete, á esta misma hora, caíamos el uno en brazos del otro, jurándonos amor eterno. Y ya ves que pronto ha terminado todo. ¡Te digo que es cosa de desesperarse! ¿Por qué el amor no ha de durar siempre? ¡Ah mezquindad humana!

No me acuses de ingratitud. ¡Si vieras tú lo que daría yo por quererte como antes! ¡Pero no puedo!

¡Ay! Yo soy la imagen del tiempo: frío hoy y calor mañana. Mi corazón es un barómetro que indica siempre «variable».

¡Pobre amigo mío! Quizás tú continúes queriéndome; quizás todavía no te hayas cansado de mí, y sin embargo, es preciso que terminemos.

Y con acento conmovido, añadió:

—¡Oh, te juro que soy muy desgraciada! ¡Ay!, yo he soñado con las dulzuras del hogar, con un marido cariñoso y enamorado, que me amara tanto como yo á él... ¡Pero para mí es imposible esa felicidad! Yo estoy condenada, inevitablemente, á morirme de aburrimiento cualquier día de estos, sola, abandonada de todos... ¡Triste destino el mío!

¡Y si tú supieras lo que sufro! No me he arrojado una sola vez en los brazos de un hombre, que no lo haya hecho creyendo que estaba enamorada. Pero esta esperanza ha durado bien poco. Los primeros días, sí, he sentido todos los síntomas del amor y he sido feliz. Pero luego ha venido la desilusión y más tarde el hastío...

¡Vete, sí, vete! Yo no puedo continuar amándote... Tengo una naturaleza desequilibrada,

soy incapaz de sentir un afecto duradero... Mi corazón se ha gastado á fuerza de experimentar sensaciones. No me guardes rencor y olvídame y sé feliz...

Tú encontrarás con el tiempo una mujer digna de tí, una mujer sensible, discreta, cariñosa, que sepa comprenderte y sepa amarte. ¡Acuérdate entonces de esta pobre mujer y compadécela un poco!

Yo moriré como he vivido... Tengo el corazón muerto... ¿Cómo resucitarlo?

Y ahogada por los sollozos, señaló á su amante la puerta:

—¡Perdóname!

LAS FIESTAS DEL AMOR

Desfigurando su voz de un modo delicioso y tapándose la cara con sus manecitas, más blancas y más olorosas que jazmines, se aproximó á mí, andando á saltitos como un pájaro.

—¿A que no me conoces?

—¡Que no te conozco! Pues mira, eres la Juventud, la Belleza y el Amor. ¡Las tres cosas mejores del mundo!

Ella, muy satisfecha con mis elogios, movió la cabeza en señal de resignación.

—El Amor y la Juventud, sí; ¡pero la Belleza!... ¡Cuando digo que no me conoces!

Yo había logrado quitarle las manos de la cara, á pesar de su resistencia, y la miraba extasiado.

—Las mujeres bonitas no tienen derecho á ocultarse el rostro ni aun en Carnaval.

Entonces, creyéndome conquistado, me propuso que fuésemos á Recoletos.

Pero yo resistí valientemente sus halagos.

—Mira, vida mía, el Carnaval es una fiesta lúgubre. Nada más triste que la alegría forzada. ¡Protestemos de las fiestas impuestas! Di-

vertirse á plazo fijo, con arreglo á la fecha que nos señala el almanaque, es un verdadero absurdo. Reneguemos de la costumbre, cuando á la costumbre se le erige en ley. ¡Oh! el odio so precedente, la rutina...

Además, el Carnaval ha degenerado, la antigua saturnal se ha convertido en fastidiosa mascarada. Asómate al balcón y verás. Cuatro mujeres vestidas de hombres, y cuatro hombres vestidos de mujeres... Y óyeles hablar: ni un dicho ingenioso, ni una sola broma culta. En unos, la careta hace oficios de mordaza, y apenas si pueden, haciendo esfuerzos de voluntad, modular alguna frase... A otros, el influjo de la máscara les hace charlatanes y tienen la fácil abundancia de palabra de los hombres que no piensan lo que dicen.

Reconozcamos que si el Carnaval no se ha ido aún merece irse.

Y bajando la voz, en tono confidencial, añadió en su oído:

—La tarde está fría; añadiremos unos cuantos leños á la chimenea, nos sentaremos cerca de ella y charlaremos alegremente.

¡Oh, las fiestas del amor! ¡La palabra dicha en voz baja, las manos que se juntan temblorosas, los cuerpos que se aproximan inconscientes, los ojos que se dicen todas esas divinas cosas que no se atreven á decir los labios!...

Allá, lejos de nosotros, la humanidad hace como que se divierte. El hombre siente la necesidad de engañarse. ¡Viva, pues, la farsal! Pero, ¡por Dios! no seamos nosotros de esos farsantes.

Mira, ya arde la leña en la chimenea, sentémonos el uno al lado del otro, y si quieres, vuelve á taparte la cara con tus manecitas, más blancas y más olorosas que jazmines, y pregúntame nuevamente si te conozco, que yo te responderé:

—¡Sí! Eres la Juventud, la Belleza y el Amor. ¡Bendita seas!

LA MUJER DEL AUTOR

Acababa de terminar el segundo acto de la obra, y el público, aburrido y nervioso, se dirigía al *foyer* á desahogar su mal humor.

No había discusiones; en todos los grupos se trataba sin piedad al pobre autor que, muerto de miedo, recorría el saloncillo de la dirección, interrogando febrilmente á sus amigos.

—La verdad, ¿cómo recibe el público mi obra?

Todos se excusaban de contestarle.

—Hasta ahora, ni bien ni mal... La gente está algo fría, algo reservada... Ya veremos si cambia en este último acto...

El poeta insistía, temblando de emoción.

—¿Pero cómo se me trata? ¿Es que no se me discute siquiera?

—El público espera á que termine la obra para dar su opinión... Eso sí, está arma al brazo. Pero ¡qué diablo! no hay que desanimarse. Todavía no puedes dar por perdida la batalla.

Y le estrechaban cariñosamente la mano,

no sabemos si para animarle ó dándole por anticipado el pésame.

—¡Valor!

* * *

No, no parecía muy interesada en el éxito de la obra. Asomada á su palco, alegre, sonriente, sin apenas prestar atención á las palabras que la dirigían, escrudiñaba todo el teatro con sus pequeños gemelos de nácar.

—Ha venido muy buena gente... mi marido no podrá quejarse...

El telón se alzó pausada y solemnemente. Comenzaba el tercer acto, el último de la obra. Se hizo en seguida el silencio, y el público se dispuso á oír.

La mujer del autor charlaba mientras tanto con su acompañante, sin preocuparse de lo que pasaba en escena.

—Me gustan mucho los estrenos... Mi marido no quería que viniese. «Mira, si la obra fracasa—y puede fracasar—pasarías un mal rato.» Pero yo insistí tanto y tanto, que logré convencerle. ¡Y he venido sólo por tí, créeme, por verte!... No, ya sé que mi conducta es infame, que no merezco perdón de Dios. Pero yo no soy, no debo ser responsable del amor que te tengo... ¡Si tú supieras los esfuerzos que he hecho por olvidarte... Pero siempre re-

sulto vencida en esta lucha de mis sentimientos. Sí, yo tengo la voluntad de amar á mi marido, y, sin embargo, sólo puedo amarte á tí... ¡Mira si soy desgraciada, si soy digna de compasión!

Se habian retirado al fondo del palco, sin preocuparse ni poco ni mucho de la representación.

—¡Oh, vida mía!—Y la besaba las manos, no encontrando palabras con qué expresar sus sentimientos.

* * *

El público, aburrido, comenzaba otra vez á impacientarse. Ya nadie se fijaba en la escena. En los palcos se hablaba en voz alta y se reía á carcajadas.

De pronto se oyó una voz que decía:

—¡Esto es de una inmoralidad repugnante!

Entonces se inició el desfile. Las señoras, corridas de vergüenza, se atropellaban unas á otras para salir cuanto antes de la sala.

Un crítico de profesión, puesto en pie y rodeado de sus amigos, juzgaba la obra á gritos, nervioso de indignación.

—¡Insoportable, sí, digo que insoportable! El público no puede honradamente transigir con ciertas inmoralidades. No, no es posible traer al teatro asuntos tan escabrosos. Ya lo

ven ustedes; la gente se va para no oír la obra. Declaro que hay muchas mujeres que engañan á sus maridos. Pero el público, y hace bien, no se resigna á ver en escena el espectáculo del adulterio. El teatro debe ser escuela de moral y no de malas costumbres. Sí, insisto en que ésta obra no es digna de que la vean nuestras hijas...

* * *

Cuando cayó el telón, el teatro se hallaba casi vacío. No hubo aplausos ni protestas. El silencio frío de los grandes fracasos.

Y allá, ocultos en el fondo del palco, la mujer del autor y su amante, indiferentes ante la catástrofe, con las manos cogidas, tartamudeaban estremecidos las frases eternas del eterno amor.

GLORIA

—Las campanas tocan á gloria. Chiquilla, también dentro de mi corazón están repicando fuerte. Sí; yo he vuelto á la vida como el hijo de Dios; yo también he resucitado como él. Verás: sin duda yo estaba muerto, yo debía estar muerto, y desde que nos amamos, he comenzado á gustar la dicha de vivir.

Acércate y mírame. ¡Quiero morir de una insolación de tus ojos! ¡Cuidado que eres bonita! ¡Te digo que ni hecha de encargo! Y me quieres mucho, mucho ¿verdad? ¡Oh, qué bien hacen las campanas en tocar á gloria!

Sí; esta es la verdadera vida, la vida de la felicidad. No hay nada más triste en el mundo que no ser amado. ¡Si vieras qué desgraciado era antes de conocerte! Un gran cansancio se había apoderado de mi alma. No tenía ni deseos ni ambiciones... ¡Pero si parece milagro de Dios! Te repito que desde que me miran esos ojos con amor y me sonríe esa boca, he comenzado á gozar de la verdadera existencia.

¡Oh, ven! Quiero besarte en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

No es posible, no hay palabras con qué poder expresar lo que te amo... ¡Dios mío, qué alegría! Quisiera llorar y reír... ¡Te digo que estoy loco!

Hoy es día de gala. La naturaleza comienza á despertar, se inicia la primavera. Mira qué cielo más azul y qué sol más esplendente... Y observa qué cara más risueña llevan los transeuntes. ¡Qué bueno es Dios y qué buena es la humanidad!

No bajes los ojos y mírame... ¡Cuánta luz hay en tu mirada, alma mía! Asomándome á tus ojos, me parece que veo tu corazón... Quisiera morirte así, estrechando tus manos entre las mías... ¡Siento todo mi ser abrasado por el fuego del amor eterno!

—¡Oyes? las campanas tocan á gloria. El hijo de Dios ha resucitado á la vida eterna, y yo he resucitado también á la verdadera vida... Déjame que te bese en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

¡Oh, mujer, bendita seas!

EL SEÑOR MINISTRO

El señor ministro, arrellanado en su amplio sillón, leía con cara de aburrimiento el extracto de la prensa: unas cuantas hojas de papel con recortes de periódicos pegados á lo largo.

De pronto se abrió la puerta principal del despacho, y asomó por ella la cabeza tímida de uno de los porteros del ministerio.

—¿Da V. E. su permiso?

El grave personaje, sin interrumpir la lectura, hizo con la cabeza una ligera señal de asentimiento.

Entonces el portero se atrevió á franquear la puerta.

—Perdone V. E.

Y alargó al ministro una lujosa bandeja de plata, en la que se veía una tarjeta.

Su excelencia cogió con ademán aburrido la cartulina.

—¡Bah! Pues no sé quién es esta señora. En fin, que pase. Hoy me siento de buen humor... Quiero ser complaciente...

* * *

Iba vestida con un sencillo traje negro, bastante usado ya. El ministro la miró fijamente y la invitó á que se sentara.

¡Ah, esta vez había caído en el lazo! Sí; aquella prójima tenía todas las trazas de una pedigüeña molesta.

La mujer tomó asiento, y se levantó el velo que cubría su cara.

—¿Pero no me conoces?

El ministro, al oírse tutear, se afirmó bien los quevedos á la nariz, para estudiar despacio la fisonomía de aquella señora.

—¿Cómo! ¿Pero es usted?... ¿Pero eres tú?...

La mujer se sonrió tristemente.

—Sí, la misma... pero con veinte años más.

El consejero responsable se echó á reír con toda la boca, muy satisfecho de aquella aventura.

—¡Pues, caramba, todavía estás muy hermosa!

Y se levantó para verla más de cerca.

—¡Vaya! ¡Muy hermosa!

¡Dios de Dios, lo que él había querido á aquella mujer! Al verla, le parecía que todo su pasado resucitaba y volvía á ser joven y fuerte. Sí; aquella mujer, tan olvidada ahora, había sido su primer amor, ó, mejor dicho, el único amor de su vida. Y recordaba con emoción aquellos buenos tiempos, ya tan lejanos. La primera cita, el primer beso... ¡Todo el

hermoso idilio! Entonces era ella lo que se llama una buena moza; alta, fuerte, bien modelada, y con una cara llena de salud y de gracia, que daba gusto verla. Terminaron, no se acordaba ya por qué motivo. Lo cierto es que á él comenzaba ya á apuntarle la ambición, y tenía en proyecto un matrimonio de conveniencia. Y la ruptura vino fatalmente. Ella, despechada, no tardó mucho tiempo en casarse con un empleadillo de mala muerte, y él, con la hija de un senador, hombre de gran influencia, que le hizo en seguida diputado.

El ministro, muy conmovido, recordando aquella historia de amores, se apoderó de una de las manos de su antigua novia.

Pero ella protestó.

—Ya sabes que estoy casada.

Entonces él, algo confuso, murmuró:

—Y yo también; se me olvidaba.

Y con voz patética, de orador pretencioso:

—Estamos separados por un abismo.

* *

Fué aquella una conversación deliciosa. Parecía que ambos habían vuelto á los buenos tiempos de su juventud. Se hablaban en voz baja, como temerosos de que alguien los oyera, muy juntos el uno del otro, con las manos cogidas... Y así pasó una hora. Comenzaba á anochecer

El señor ministro miró de pronto el reloj.
—¡Diablo, las seis! ¡Me he fastidiado! Ya no puedo ir á la Cámara.

Entonces ella se levantó.

—Perdona... Me voy... No se te olvidará el nombre, ¿eh? Prudencio Rodríguez. ¡Pero, por Dios, no me lo mandes muy lejos! A pesar de que me ha hecho sufrir mucho, tengo lástima de él. ¡Ah! ¡Y pensar que contigo hubiera sido tan feliz!... ¡No, no puedo resignarme á sopor-tar mi triste destino!...

Se llevó el pañuelo á los ojos y se dirigió á la puerta sollozando.

La despedida fué muy cariñosa, muy tierna.

—Sí, descuida... Prudencio Rodríguez. Mañana mismo.

* * *

Poco después, el señor ministro, algo inquieto, contemplaba su vieja fisonomía en el gran espejo de su despacho.

—Sí; estoy medianamente presentable, pero nada más que medianamente.

En seguida tocó el timbre y mandó llamar al subsecretario.

—Necesito una vacante en Ultramar de veinticuatro mil reales.

Y con su voz patética, de orador pretencioso:

—Sí, señores; sabed que he decidido reconciliarme con el pasado.

NOCHE BUENA

—Sí, estoy muy triste. ¡Oh, no me deje usted solo, por Dios! Tengo necesidad de alguien que me acompañe. Sea usted mi camarada de esta noche, de esta Noche Buena... ¡A la salud de usted, patrona! Este vinillo agridulce deja en los labios sabor á besos. ¡Apuremos otra copa!

Si viera usted qué ganas tengo de llorar... Y sin motivo. Estoy triste sin saber por qué... Acaso porque los demás están contentos. Esa alegría irreflexiva de la gente me crispa los nervios. ¡Oh, la humanidad!

Y ella acaso en estos momentos no se acuerda de mí... ¡Oh, si yo la tuviera aquí, al alcance de mis brazos! Toda esta negra desesperación que invade mi cerebro, desaparecería... ¡Si usted la viera, patrona! Es así como la Virgen del Carmen que hay en mi tierra. ¡Con unos ojos! Dos estrellas de esas del cielo. ¡Y una boca! Jesús Nazareno, qué boca! Un nidito de besos. Le digo á usted, patrona, que no la hay más hermosa en el mundo. Y por eso

deseo tragarme todo ese vino, á ver si logro olvidarla.

Y hay que saber lo que yo la quiero. Con toda mi alma y todo mi cuerpo... Como se quiere á las madres y á las esposas... Estoy loco, patrona. ¡Echemos otro trago!

Si; esta Noche Buena es una noche tan mala como otra cualquiera. Porque, ¿cómo he de estar yo contento si no la tengo á mi lado? Dentro de unos minutos me sepultaré en mi triste lecho, tan sólo y tan frío, en el que me aguarda el insomnio, ese lúgubre compañero de los desesperados...

Oiga usted, patrona, la humanidad prrrumpe en gritos. Acabo de oír un cantar en el que se anuncia que hoy hace años que nació el Hijo de Dios. Yo necesito celebrar también como los demás ese fausto suceso. ¡Déme usted vino! Yo quiero también reír á carcajadas, y gritar mucho, mucho... Esta noche tiene que ser buena para todos. Ya lo oye usted: ha nacido el redentor. ¡Ay, si quisiera redimirme á mi de estos amores que padezco! ¡Vino, venga vino!

¡Créame usted, patrona, temo mucho morir de tristeza esta noche!

HUMORADAS

—Señor marqués, hablemos con franqueza. Ni usted ni yo, desgraciadamente, estamos en edad de jugar á los amores. Yo soy casi una anciana. Sí, no se ría usted; casi una anciana. El día menos pensado amanezco con la cabeza blanca y la cara llena de arrugas. He comenzado á padecer ya todos los síntomas de la vejez: prefiero la novena al teatro, y la amistad de las mujeres á la de los hombres. Antes consideraba á mi marido como un amante, y ahora lo considero como un buen amigo. Además, me he hecho egoísta y he dejado de ser coqueta. Obro por cálculo, y pienso y siento con la cabeza... Creo que se me ha atrofiado el corazón. En una palabra: tengo cerca de cincuenta años. ¡No atente usted á la virtud de una anciana!

Era el anochecer, y por los cristales del balcón se filtraba un último rayo de sol, coloreando débilmente, con su pálida luz, el interior del gabinete.

—Mire usted—añadió Mercedes—la luz se extingue, la tarde muere...

Y poniéndose súbitamente seria:

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—¿Las siete? Pues bien, amigo mío, el horario de nuestra vida señala ya las seis y minutos...

Y echándose á reir:

—¡La aurora se ha convertido en crepúsculo!

—¡Pero qué burlona es usted!—exclamó el marqués verdaderamente irritado.

—No; hablo con entera formalidad. Yo soy de esas mujeres que tienen el talento de no hacerse ilusiones, y como no engaño á nadie, creo que tengo el derecho de procurar no ser engañada.

—De modo, que duda usted...

—Sí... ¿Por qué negarlo? Tengo la seguridad de que no es usted sincero. A caso esté equivocada. ¡Oh no tengo la pretensión de ser infalible! Pero, ¿qué quiere usted? Soy algo incrédula.

El marqués, muy serio, la escuchaba en silencio, mordiendo nerviosamente el puño de su bastón.

—Pero, ¿por qué duda usted de mis palabras?

Mercedes sonrió nuevamente.

—Amigo mío, ¿le parece á usted que mudemos de conversación?

El marqués protestó.

—¡Pero es posible que se niegue usted á contestarme!

—Creo que no tiene usted derecho para formular semejante queja. Hace dos horas que estamos debatiendo con la seriedad que el caso requiere su pretendido enamoramiento. No me negará usted que he sido franca, y que desde el primer momento le he dicho con entera sinceridad que no podía acceder á sus pretensiones. Creo que á mi edad las mujeres pierden el derecho de ser coquetas.

—Sí, pero no me negará usted que no he podido obtener una explicación que justifique su negativa.

—¡Una explicación! ¡Pero usted no considera que sumados los años de usted y los míos, dan un total de cerca de un siglo. Hay que desengañarse: ¡estamos en disposición de ser jubilados!

El marqués se creyó en el deber de protestar.

—¡Pero eso no es una explicación; eso es una burla!

—¿No le convencen á usted mis razonamientos?

—¡Qué han de convencerme!

Entonces Mercedes señaló con ademán trágico hacia un enorme retrato que pendía de la pared.

—¡Tengo el honor de presentarle á usted á mi marido!

El marqués se encogió de hombros.

—Supongo que no tendrá usted la pretensión de hacerme creer que después de catorce años de matrimonio continúa usted enamorada de su esposo.

—¿Y por qué no?

Entonces el marqués se levantó.

—Veo, señora, que hoy no está usted en disposición de comprenderme.

—Es posible; quizás otro día...

Se estrecharon las manos.

—Y como despedida—añadió el marqués—le recordaré á usted una humorada de Campoamor, que yo suscribiría de buena gana con mi firma.

Y recitó con tono verdaderamente cómico:

«Por tí mi corazón cayó en la cuenta
de que hay fiebres de amor á los sesenta.»

—¡Oh, muy bonita!—exclamó Mercedes.—
Pero, ¿qué le parece á usted esta otra?:

«El amor que más quiere,
como no viva en la abstinencia, muere.»

Y tendiendo graciosamente la mano al atribulado marqués:

—Adiós. Ya sabe usted que somos amigos.

TRAGEDIA

Era un grupo extraño. El asesino, con la cabeza baja, doblada, caminaba lentamente, como á remolque, con ganas de no llegar nunca al término del camino; llevaba las manos atadas, las ropas en desorden, y en los ojos la fijeza del que mira sin darse cuenta de lo que ve...

A su lado, graves y satisfechos, marchaban dos guardias de orden público. Detrás, el abigarrado montón de curiosos, indispensable en todo espectáculo, formado de mujeres y hombres de fisonomía intranquila y recelosa.

Algunas mujeres, algo separadas del grupo, corrían jadeantes, llevando de la mano á sus pequeñuelos. Un perro aullaba lúgubre y obstinadamente.

¡Por fin! Acababan de llegar á las puertas de la cárcel.

Antes de entrar en el sombrío edificio que le serviría de morada quién sabe para cuanto tiempo, el detenido quiso mirar por última vez el cielo, teñido fuertemente de azul, y saludar con verdadera angustia, con la angustia

de la desesperación, en una mirada suprema, á todo aquello que iba á perder dentro de algunos momentos, á la vida libre, al mundo, que quedaba allí fuera, y al que tenía que renunciar quizás para siempre...

Una anciana de cabellos blancos, tostada por el sol y arrugada por los años, que gemía desconsoladamente, confundida entre el montón de curiosos, se echó en brazos del infortunado antes que los guardias pudieran detenerla.

Una voz surgió del grupo: «Es su madre, pobrecilla, déjenla ustedes que la abrace»; pero los representantes de la autoridad, implacables, convencidos de su deber, los separaron brutalmente.

No, no se le debían guardar consideraciones de ninguna especie á estos bárbaros asesinos.

Después de esta escena, le entraron en la cárcel y la mujer, la madre, cayó desmayada al suelo profiriendo una maldición.

*
* *

—Yo he presenciado el crimen cometido por ese desdichado—me dijo uno de los circunstantes.

Y me contó la siguiente historia:

—Anomalías de la vida. Ese hombre que acaba de entrar en la cárcel es un hombre

honrado. Y, sin embargo, es también el trágico autor de un asesinato. Juzgue usted los hechos.

En celebración de ser día de fiesta, el protagonista de esta historia fué á almorzar esta mañana al campo en compañía de su novia y de varios amigos. No tenía la costumbre de beber y bebió, á instancias de sus compañeros, hasta emborracharse. Pero el desgraciado tenía lo que los bebedores llaman *mal vino*. Su novia—¡la más mala hembra que haya parido madre!—se negó á bailar con él pretextando que estaba ebrio. Entonces se cruzaron entre ambos algunas frases duras y quedaron en no volverse á hablar más. Pero al regreso el desgraciado se acercó nuevamente á su novia: «Pero mujer, ¿no me quieres ya?»—«No—le contestó ella,—ni te he querido nunca; ahora mi novio es ese,» y le señaló á uno de los hombres que formaban parte de la comitiva. Entonces el mísero, sin decirle palabra, se separó bruscamente de ella, y dirigiéndose á su rival: «Toma este encargo de parte de tu novia.» Y le dió de puñaladas.

El amor y el vino cuando se suben á la cabeza llevan al cerebro gérmenes de locura. Así es que no hay hombre enamorado que no corra el riesgo de convertirse en asesino...

Y esta es, en síntesis, la historia.

*
* *

Habíamos llegado á la calle de San Bernardo.

—Mire usted, mire usted—me dijo de pronto mi acompañante,—por ahí va la novia del infortunado, ¡la más mala hembra que haya parido madre!

Si, allá iba la causante del crimen, la cabeza erguida, la boca llena de risa, mirando procaz y lascivamente á los transeúntes.

Me sentí indignado. Por un momento tuve intenciones de gritar: «¡Detened á esa mujer que acaba de perder á dos hombres!»

Pero me contenté con enseñarla los puños.

—¡Ah, bestia inconsciente!

FELICIDAD

—¡La felicidad! ¿Quieres saber lo que es la felicidad? Parodiando al poeta, yo podría contestarte que la felicidad eres tú.

Mira; cuentan de un hombre que se propuso descubrir la fantástica tierra donde se oculta esa misteriosa hada depositaria de la dicha.

Aquel iluso subió á la montaña y descendió al llano; no hubo palmo de tierra donde no se posasen sus pies, y al interrogar á los hombres á quienes hallaba al paso:—«¿Cuál es el camino que conduce á la felicidad?»—recibía siempre esta irónica respuesta:—«Aquí cerca... más adelante.»—Y al llegar al sitio indicado:—«Más lejos... un poco más allá...»

¡Ay! Y á ese «más allá» que le señalaban al viajero, no se llega nunca, por mucho que se ande.

El camino que conduce á esa tierra de promisión, se prolonga, se alarga cada vez más, no tiene fin, no tiene término, es inmenso como el infinito.

Y mira, ese trágico viajero simboliza de modo perfecto á la humanidad.

Nuestra vida se reduce á correr ansiosamente tras engañosas ilusiones, tras dichas fingidas, tras necias esperanzas... El hombre es un peregrino eterno.

Peró yo soy un desengañado y estoy decidido á conformarme con mi suerte y á no correr ya tras locos imposibles.

El gran secreto de la vida consiste en no desear lo que no se puede obtener. Y te digo que ya estoy harto de andar, que mi cuerpo necesita reposo, y que he resuelto sentarme á descansar en el camino y no volver á emprender la marcha sino á pasos contados. Si; basta ya, por Dios, de inútiles trasiegos.

Escucha: repíteme nuevamente que me quieres.

No hay nada que suene mejor al oído como la palabra de amor. ¡Oh! La combinación rítmica de estas sílabas: «te quiero mucho, mucho...» Hay frases que tienen el sabor y la sonoridad especial del beso. Repíteme que me quieres y creeré en la felicidad.

Lejos de nosotros, los hombres libran encarnizada batalla por conseguir la realización de sus aspiraciones. Pero por cada deseo satisfecho surgirá en ellos una ambición nueva.

La lucha por la existencia no es tan ruda como la lucha por el ideal.

Pero nosotros preferimos ya el papel de espectadores al de comediantes y no queremos servir más de personajes en el drama de la vida.

Ven, alma mía, y apoya tu cabeza sobre mi pecho, y deja que estreche tus manos entre mis manos, y que respire tu aliento, perfumado y fresco como la brisa del campo.

¡Sí! ¡La felicidad es el amor!

¡Desgraciado de aquel que no ha sido amado nunca!

TRAICIÓN

I

...—¡Si yo te olvidara!...—le echó los brazos al cuello, y bajando la voz—merecería... ¡no sé! los males más terribles que pueda concebir el odio; las penas del infierno... ¡todos los horrores imaginables!...

El no la dejó acabar, y la tapó la boca con una de sus manos.

—Mira, yo no sé si me engañas; yo no sé si me mientes... Pero te creo; pero tengo necesidad de creerte... Dentro de unas horas ya no te tendré á mi lado, ya no podré ni oírte ni verte, alma mía; ¡dime tú si hay desgracia comparable á ésta! Nuestra separación será larga... ¡Júrame nuevamente, por lo que más ames, que no me olvidarás! Tengo necesidad para vivir de creer en tí... ¡Si tú supieras lo que te quiero! ¡Más que á mi madre! Te juro que me moriría si llegases á olvidarme, que me moriría...

Y ahogado por la emoción, se arrojó sollozando en los brazos de Hortensia.

—¡Pero por qué te amaré tanto!

Ella también se echó á llorar.

—¡Tuya, te juro que seré tuya!

—¡Júralo por tu madre!

—¡Por mi madre! ¡Tuya! ¡Amor mío, esposo mío, dure lo que dure tu ausencia, prometo aguardarte!

El entonces la miró á los ojos.

—¡Creo en tí!

Y obsesos por el dolor, atontados, se dieron el último adiós.

II

Dos años después volvió á verla en casa de la duquesa de X.

Hacia tres meses nada más que Hortensia se había casado.

Uno de esos amigos de ocasión, tan útiles en ciertos casos, se ofreció á presentársela.

—Verá usted, una mujer muy amable, muy discreta...

Al verse enfrente de ella, el desgraciado sintió flaquear sus piernas y creyó que iba á caer al suelo.

Hortensia le tendió la mano alegremente.

—¡Pero si somos amigos antiguos, si nos conocemos hace bastante tiempo!

Y con perfecta tranquilidad, añadió:

—Deme usted el brazo y daremos una vuelta-

por el salón. ¡Oh, tenemos que hablar mucho!

El misero, atontado, no sabía qué contestar. Sintió tentaciones de agarrarla por el cuello y ahogarla.

Pero Hortensia continuaba impasible, sonriéndose.

—¡Vamos! Deme usted el brazo. ¡Si viera cuántas cosas tengo que contarle!

Y luego, bajando la voz:

—Yo no olvido mis promesas, y sé que estoy en deuda contigo hace bastante tiempo.

El, estupefacto, no sabía que responderla.

—¡Miserable!

Pero ella, sin desconcertarse, murmuró en su oído una sola palabra:

—¡Tuya!

AL DÍA SIGUIENTE

Los dos despertaron al mismo tiempo, y al verse juntos se miraron sorprendidos, aun inconscientes por el sueño. Después juntaron sus manos instintivamente y se sonrieron.

—Buenos días, marido.

—Felices, vida mía.

Y como hay algo que no puede expresarse con la palabra, los dos continuaron mirándose largo rato en silencio, diciéndose con los ojos todas aquellas cosas admirables que los enamorados se dicen en tales casos.

Pero de pronto ella cerró los ojos, y poniendo en su acento, mimoso como un arrullo, toda la máluciosa coquetería de una mujer experimentada:

—Pero, ¿qué miras?

Llegaban hasta la alcoba, amortiguados por la distancia, los múltiples ruidos de la calle, y á través de las lujosas cortinas que cubrían la puerta se filtraba el sol, alumbrando suavemente la estancia.

—Tengo pereza de levantarme.

—Y yo también.

Ambos, dominados por el enervamiento, aspiraban con fruición, como un perfume, la atmósfera tibia, propia de un nido, que reinaba en la alcoba.

—Mira—dijo él de repente con voz emocionada—yo he oído decir muchas veces que la felicidad era un absurdo, una utopía... Pero tú y yo, alma mía, tenemos el derecho de afirmar que la felicidad existe; que no es una quimera, como aseguran unos cuantos desesperados. ¡Sí! La felicidad existe, supuesto que nosotros somos felices.

Y con apasionamiento, con verdadero entusiasmo, añadió:

—¡Ah, vida mía! Yo sé que la causa de nuestra dicha es amarnos como nos amamos. Pues bien: de los dos depende, única y exclusivamente de los dos, que nuestra felicidad sea eterna. ¡Amémonos siempre como nos amamos ahora!

Juraron solemnemente uno y otro, con el loco apasionamiento de verdaderos enamorados, amarse toda la vida con la misma cantidad de pasión que sentían en aquellos instantes.

Después sellaron el pacto con un beso.

*
*
*

Cuando se levantaron se dirigieron cogidos

de la mano al balcón, y miraron alegremente al cielo, teñido fuertemente de azul, como en los mejores días de primavera.

—¡Qué hermosa tarde!

Sentíanse ruidos misteriosos en el aire, algo así como si los átomos se acariciaran. El jardín, dorado por los rayos del sol, renacía a la vida. Los capullos se entreabrían; oíase germinar la tierra...

Los esposos, entusiasmados, se miraron alegremente.

—Mira, es la Naturaleza que se viste de gala para celebrar nuestra felicidad.

Y repitió una frase que había leído en no recordaba qué novela.

—Nuestra dicha es un cielo como ese, sin nubes; un cielo siempre azul.

Ella, entonces, miró preocupada a lo alto.

¡Ah! Ahora estaba bien azul, pero, ¡Dios mío! ¿duraría mucho el buen tiempo?

Y asustó a su marido con esta exclamación:

—¡Pero por qué la primavera no ha de ser eterna!

DOLOR

—¿Que me quieres mucho? Bueno, bebe y calla. Mira, ¿á qué engañarnos? Ese pobre corazón tuyo es como la tierra estéril cansada de dar fruto... Has amado mucho y ya no eres capaz de volver á amar. No... no me interrumpas. Estás extenuada, estás harta... ¡Ay, la semilla del amor no puede prender ya en tu pobre alma! Eres infecunda. Bebe y calla.

¿Pero lloras! ¡Bah! lágrimas de mujer, tan fáciles como falsas.

Mira, yo también estoy cansado y aburrido como tú... Quise á una mujer y me engañó. ¡Ya ves qué infamia! Probablemente á tí te habrá ocurrido lo mismo, te habrán engañado también. Es lo que pasa siempre. Los hombres nos dedicamos á engañar á las mujeres, y las mujeres se dedican á engañar á los hombres. Por eso yo no creo en tí, ni tú tampoco debes creer en mí. Consolémonos mutuamente y no tratemos de engañarnos.

Sí, llora... Prefiero tus lágrimas á tus abrazos. Cada caricia tuya va seguida de un boste-

zo. Debes sufrir mucho. Te digo que me inspiras verdadera lástima.

Deja que me arrodirle á tus pies y que rinda culto á tu dolor. No, no te tapes la cara con las manos. Quiero verte y admirarte. ¡Qué pálida estás!

Así, abrazado á tus rodillas, me siento muy bien... ¡Si yo pudiera llorar como tú! Es muy triste eso de no tener lágrimas y llorar siempre para adentro.

Siento un goce extraño al revelarte mis penas. Mira, yo no tengo nadie que me quiera; estoy sólo en el mundo... Nadie que me quiera, ni madre, ni hermanos, ni amigos...

¡Ay, pobre mujer! ¿quién será el Moisés que haga brotar agua de tu seco corazón?

¿Pero á qué hablarte de estas cosas si no me comprendes? Mis palabras te producirán sueño, ¿verdad? Te aburres y me aburro... ¡Oh, la vida!

Pero mira, yo tengo necesidad de que me oigas. Nada más natural que la queja en el que sufre. Y yo sufro mucho... Ya ves, es lógico que me queje...

¡Así! ¡estréchame sobre tu pecho! No, pero no me beses... ¿A qué esos halagos, esas caricias de enamorada? Evítate el trabajo de engañarme. Te quiero indiferente mejor que pérdida. Pero eres mujer y no puedes por me-

nos de fingir. Perdóname... estoy loco... ¡Te exigía que abjurases de tu sexo!

¡Sí, retira el vino... ¡Oh, esa horrible bebida negra me es infiel también, también me engaña! Me he llevado el vaso á los labios y lo he apurado con el ansia del sediento; y ya ves, no he logrado olvidar... El vino alegre y embriaga á los seres felices, y entristece y desespera á los desgraciados...

Acabo de ver lágrimas en tus ojos.

Me compadeces... acaso me quieres un poco... ¡Ay, pobre mujer, tú también sufres, y sin embargo callas! ¡Ven de nuevo á mis brazos! El dolor nos ha unido... Quizá algún día podamos curar las heridas de nuestras almas... Sí, en la vida todo es perecedero y mezquino, no hay nada eterno, ¡ni aun el dolor! ¡Ven á mis brazos!

EN EL HARÉN

Acababa de salir del baño, y de su cuerpo, todavía húmedo, exhalábanse emanaciones frescas.

Una dulce languidez, una deliciosa laxitud se había apoderado de sus miembros...

Dos esclavas negras, silenciosas como estatuas, la abanicaban suavemente...

Un largo bostezo prolongó la boca de Fátima.

—Me aburro.

De pronto se incorporó sobre el diván, y cogiendo entre sus manos uno de sus piececillos desnudos, lo acarició distraidamente con sus largos dedos, cuajados de brillante pedrería.

Luego se hizo coger en brazos por una de sus esclavas y mandó que la paseasen por el camarín.

Aquello la divirtió por algunos momentos. Montada sobre las robustas espaldas de la negra, la hinca'ba sus blancos y menudos pies en los costados, excitándola para que corriera.

Un ligero tinte rosado cubría sus mejillas,

y de su boca entreabierta se escapaba fatigosa la respiración.

—¡Arre, caballo! ¡Hup! ¡Hup!

La esclava, enardecida por los gritos de su dueña, precipitaba su carrera, dando grandes saltos.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Hubo un momento en que Fátima se creyó libre, corriendo á galope tendido sobre briosa yegua, camino de su patria.

Un suspiro de satisfacción se escapó de su boca.

La negra, entusiasmada con la alegría de Fátima y orgullosa por llevar sobre sus espaldas aquel cuerpo tibio, que se enlazaba al suyo dulcemente, con presión cariñosa, redobló sus saltos, relinchando de gozo como una bestia.

Por las ventanas abiertas, desde las que se divisaban los jardines del harén, entraba el aire fresco y perfumado de la mañana, alborotando la negra cabellera de la odalisca, desparramada sobre sus mórbidas espaldas.

Un nuevo y prolongado suspiro de satisfacción hinchó su pecho.

—¡Arre! ¡Arre!

Y hundió los rosados talones de sus blancos piececillos en el negro vientre de la esclava.

*
* *

Cuando se cansó de pasear, mandó que la trajesen espejos de diversos tamaños para estudiar un vez más en ellos el desnudo de su hermoso cuerpo.

Quedó complacida del examen, verdaderamente satisfecha.

En seguida sus esclavas la perfumaron y la vistieron un hermoso traje, compuesto de una sobrevesta de damasco rosa, recamada de oro, con mangas bullonadas, y anchos calzones del mismo color.

Un gorrillo de tistú rojo, echado hacia la sien izquierda, y unos zapatitos de terciopelo, de punta levantada, completaban su tocado.

Nuevamente se miró en los espejos que sostenían en sus negras manos las esclavas, y sonrió, envanecida por su belleza.

Después se puso á ensayar gestos y ademanes, á guiñar los ojos, á hacer graciosas muecas...

*
* *

Pero también se cansó de este juego.

Un inmenso aburrimiento, un profundo hastío, se fué poco á poco apoderando de su ánimo.

No sabiendo qué hacer para distraerse, se tendió indolentemente en el diván, con las manos cruzadas detrás de la nuca, los ojos

cerrados, en actitud de supremo fastidio...

Como recurso para ahuyentar su mal humor, tomó una taza de café de Siria, bebiéndola á pequeños tragos; fumó un *narguilé*, perfumado con agua de violetas; trituró entre sus blancos dientes unos cuantos granos de dorada almáciga, y por último, mascó con repugnancia, haciendo graciosos aspavientos con su pequeña boca, unos exquisitos confites, olientes á flores.

Pero nada lograba distraerla.

¡Ah! Y pensar que allá fuera cruzaban el Bósforo, en dirección á su patria, aquellos buques cuyos largos palos alcanzaba á divisar desde las ventanas de su dorada prisión, mientras ella se moría lentamente, á pedazos, encerrada entre cuatro paredes, prisionera de la lujuria de un apasionado turco.

—¡Si yo pudiese huir!

Un estremecimiento súbito sacudió su cuerpo, mientras sus ojos se fijaban desconfiados en las esclavas, que en pie delante de ella, la observaban atentamente, en espera de sus órdenes.

—No... eso no es posible.

En aquel momento apareció en la puerta un altísimo eunuco, envuelto en una amplia túnica, más blanca que el armiño.

—¡El señor!

Al oír esta palabra Fátima saltó alborozada del diván, batiendo alegremente las manos.

—¡Oh, Aláh lo envía!

Y se echó á reír como una loca.

PROGRAMA DEL AÑO

Con las manos cogidas, mirándonos en silencio, oímos los doce golpes lentos del reloj.

—Acaba de nacer el año.

Dominábanos á los dos, en aquellos momentos, la misma extraña tristeza.

—¿Qué tienes?—la interrogué.—Yo te he de amar ahora y siempre. No desconfíes del porvenir.

Ella se limitó, como contestación á mis palabras, á hacer un gracioso gesto de duda.

—¡Pero si no desconfío!...

Y sin poder contenerse se arrojó en mis brazos sollozando.

—¿Qué quieres!—añadió después—creo que el año que acaba de entrar ha de sernos funesto. Ya sabes que soy algo supersticiosa.

Intenté consolarla con mis caricias.

—Déjame beber tus lágrimas... ¡Pero qué tonta eres!... Afigirte por nada.

Separé dulcemente sus brazos de mi cuerpo, la senté á mi lado y la dije en voz baja:

—Mira, yo también desconfío del año nuevo... Ya sabes que yo no creo en la felicidad,

¡ni aun cuando te estrecho entre mis brazos! La desgracia se ha enamorado de mí y yo también me siento algo enamorado de ella. Creo que la dicha, la dicha absoluta, se ha hecho sólo para los imbéciles. Siempre, aun en las horas delirantes de nuestro amor, he sentido turbada mi alegría por el ansia de nuevos goces. El deseo, implacable, me grita eternamente: «¡más! ¡más!» ¡Ay, y no logro saciarme nunca! No hay agua en ninguna fuente que sea capaz de calmar mi sed.

Ella, entonces, rompió de nuevo á llorar.

—¡Oh, ya veo que no me amas!

Me arrodillé á sus pies demandándola perdón.

—¡Te digo que no llores! No me merezco yo esas lágrimas.

Y después de unos momentos de silencio:

—Mira, yo quiero ser feliz. Año nuevo, vida nueva, como dice la frase popular. Ya verás cómo soy otro hombre distinto de ahora en adelante. ¡No más quimeras, no más deseos locos, no más proyectos irrealizables! Y si tú me quieres como dices, todavía podemos ser dichosos.

Ella me escuchaba anhelante sin atreverse á interrumpirme.

—Verás mi programa. Seguiremos queiriéndonos mucho, mucho... pero juiciosamen-

te, sin arrebatos, como personas formales...

Ella, muy seria, asintió con la cabeza.

—Además—continuó—además...

—No, no prosigas... Estás atormentándote inútilmente buscando una solución que no has de hallar—gritó ella.—El amor no puede sujetarse á reglas ni á programas. Este año que nace es igual al año que ha muerto. Aprestémonos á luchar juntos con la desgracia, y tengamos fe y esperemos. Mira, hemos desaprovechado, en esta inútil discusión, la primera hora del año. Ya ves qué de prisa marcha el tiempo. Gustemos de nuestro amor hasta agotarlo. ¿Y mañana?, me dirás, ¡Ah, insensato del que piense en el mañana teniendo asegurado el presente! Amémosos hoy, y olvidémosos cuando Dios quiera.

Y arrojándose en mis brazos:

—¡Viva el año nuevo!

Y sellamos con un beso aquel programa extraño.

DÍA DE FIESTA

Aquel domingo se levantó mi mujer muy temprano, casi al amanecer. La pregunté á qué se debía este milagro, y ella me respondió gozosa que era día de fiesta y teníamos que madrugar.

—¡Madrugar! ¿Y para qué?

—¡Toma! para irnos de paseo.

Me eché á reír. Pero ella, sin hacer caso de mi risa:

—¿Qué vestido te parece que me ponga?

Yo la miraba con ansias de enamorado, sin pronunciar palabra. ¡Cuidado que mi Carmen era bonita! Buenos deseos me daban de saltar de la cama y comérmela á besos, y estos deseos debían salirseme de los ojos, cuando ella me dijo con voz emocionada, riéndose sin embargo:

—¿Qué me miras? ¡Parece que quieres comerme!

¡Y vaya si me la hubiera comido!

Pero ella me interrumpió á lo mejor de mi deliquio, gritando alegremente:

—¡Arriba, perezoso!

Y como yo tratara de protestar:

—¡Eso! ¡date tono! ¡Si tú tienes más ganas que yo!

Quise rebelarme, pero no me fué posible; mi mujer se dirigió á la cama, y tapándome la boca con una de sus manos, me repitió una frase que había aprendido sin duda en los *papeles*:

—¡Queda terminada esta discusión!

No tuve más remedio que someterme. Separé dulcemente de mis labios aquella manecita, que por lo fina parecía hecha de seda, y después de estrecharla un rato entre las mías y cubrirla de besos, salté de la cama.

* * *

Cogidos del brazo, como es usanza entre recién casados, nos dirigimos á la Florida.

Durante todo el camino fuimos charlando. ¡Qué placer más grande hablar por hablar!

Ella me escuchaba con mucha atención y me interrumpía á lo mejor para decirme.

—¡Pero cuánto sabes!

Por fin llegamos á la Florida. Aunque mi Carmen sentía algún cansancio, según me manifestó, quería ver al Santo antes de merendar, (siempre había tenido gran predilección por San Antonio), y no hubo más remedio que entrar en la iglesia.

De seguro que si mis compañeros de taller me hubiesen visto, se hubieran reído de mí. Pero afortunadamente no había por allí ningún conocido. ¡Entrar un librepensador en la casa de Dios! ¡Pero qué cosas nos obligan á hacer las mujeres!

Después merendamos. La verdad es que los dos teníamos buen apetito y que la tortilla de jamón y la ensalada de escabeche que comimos nos supo á gloria.

¡Ea! ahora á dar otro paseo y á bailar un poco.

* * *

Por fin llegó la hora de retirarnos. Regresamos á pie y cogidos del brazo.

¡Qué corto se nos hizo el camino!

Quando llegamos á casa, mi mujer me dice, suspirando lánguidamente, que está muy cansada.

Yo por hablar algo, y no sin mi miajita de intención, digo que después de comer debemos acostarnos y que de esa manera se nos quitará el cansancio.

Y así lo hacemos.

Mi mujer apaga la luz para desnudarse. Es una costumbre que en los dos meses que llevamos de casados no he podido quitarle.

Antes de acostarse me dice riendo:

—¡Qué bien vamos ó dormir esta noche!

Yo la contesto:

—¡Sí; qué bien vamos á dormir!

Y sin saber por qué me siento satisfecho de mí mismo, y le declaro á mi mujer que soy muy feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre...

Ella se echa á reír.

—¡Sí; pero no tanto como yo!

LA VIUDA

Todos los meses iba por lo menos una vez á visitar la tumba de su esposo. Era el suyo un dolor plácido y tranquilo. Se había acostumbrado ya á su viudez, y no echaba de menos la compañía del muerto. Le quería, sin embargo aún, y por las noches, al acostarse, pensaba en él y rezaba maquinalmente unos cuantos Padrenuestros.

Tenía veinticuatro años, y solo hacía uno que estaba viuda. Había jurado, no por respeto al muerto, sino por respeto á sí misma, no volver á casarse.

Después de dos años de matrimonio se sentía algo cansada, y no era ya para ella el amor sino una hermosa ilusión desvanecida.

* *

—No; es inútil que trate usted de convencerme. Prefiero mi triste soledad á la soledad de dos en compañía de que habla Campoamor. Declaro á usted sinceramente que no me siento con fuerzas para amar de nuevo. Si me volviese á casar engañaría al esposo muerto con

el vivo y al vivo con el muerto. Doble traición. Soy muy honrada ó muy egoísta, como usted quiera.

—Pero usted—insistió él—no tiene derecho á renegar de su juventud, renegando del amor... Esa decisión, que yo juzgo sincera, no puede ser irrevocable.

Guardaron silencio y se miraron fijamente á la cara, sin atreverse á reanudar la conversación.

—Sí,—siguió él con voz emocionada—yo no puedo resignarme á la idea de ese suicidio moral... Créame usted, no es posible tener veinticinco años y condenarse á vivir como si se tuvieran cincuenta.

Se interrumpió, y balbuceando, con voz trémula:

—¡Tenga usted compasión de mí!

Y la miró decidido á la cara, con ojos de pasión.

Ella dudaba, no sabiendo qué contestar. De su respuesta dependía su porvenir, ¡toda su vida!

¡Ah! Permanecer fiel al esposo muerto, no dar albergue en su corazón á ningún nuevo afecto, cerrar las puertas al porvenir y vivir solo del pasado, eran sacrificios superiores á sus pobres fuerzas.

Ahora, en aquellos momentos supremos,

se daba cuenta exacta de su situación, y comprendía que amaba demasiado al hombre para condenarse á eterna viudez.

Además, ¿por qué no declararlo? Sí, ella no tenía derecho á renegar de su juventud; la mujer nace para amar y ser amada, y no era ni moral ni honrado sustraerse á esta ley de la Naturaleza.

Ahora comprendía que su soledad tenía mucho de abandono; y le daba miedo pensar que podía seguir viviendo sola sin que nadie la protegiera y la amara.

Y reflexionando así, se sintió completamente mujer, es decir, se sintió coqueta.

—Amigo mío, yo no puedo discutir con usted...

Hizo una pausa, y sonriéndose, con tono alegre:

—No, no puedo discutir, porque llegaría usted á convencerme de la sinrazón de mis propósitos...

Era ya casi de noche, y la habitación había ido poco á poco llenándose de sombras.

Los dos jóvenes se aproximaron el uno al otro instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacían.

Y entonces él la dijo con voz en que vibraba la pasión:

—No, no es posible cuando se es joven su

traerse á la ley del amor. ¡Amémonos, pues, cumpliendo los mandatos de la Naturaleza!

Ella no supo qué contestar, y fatalmente vinieron á su memoria las palabras que pronunciara poco antes:

«Si me volviese á casar engañaría al esposo muerto con el vivo y al vivo con el muerto.»

Y se echó á reir nerviosamente mientras él la estrechaba entre sus brazos.

DICHAS PASADAS

—Sí, amigo mío; se ha casado.

Yo se lo había dicho muchas veces: «Tú concluirás por abandonarme.» Y ella se reía, moviendo su graciosa cabecita rubia. «¡Tonto! ¡Como si eso fuera posible!»

¡Palabra de honor, que aquella muchacha parecía quererme! ¡Cuántas mañanas iba á mi casa á despertarme, y alborotaba mi cuarto de soltero con su alegre risa de enamorada! «Calíentame las manos—me decía siempre.—Tengo mucho frío. Y eso que he venido corriendo para llegar pronto.» Y se sentaba en la cama, sin quitarse siquiera el sombrero, dejando al descubierto sus menudos piececillos, encerrados en unas elegantes botinas de charol.

¡Oh, durante siete meses fuimos muy felices! Aquella muchacha tenía la boca llena siempre de risas y de besos. Nos queríamos mucho. «Mi amor será eterno»—me decía ella, apoyando su cabecita sobre mi pecho.—«Sí, eterno. ¡Te quiero tanto, tantol...» Y segura-

mente que en aquellos momentos no mentía. Después... ¡Bah! Desgraciadamente, no hay amor que resista á las influencias del tiempo.

Pues sí, se ha casado. Ayer la he visto acompañada de su marido y llevando á un chiquitín de la mano. ¡Y si vieras la pícara qué hermosa está! Aún no le han salido á la cara las huellas de sus noches de matrimonio. Al verme, bajó los ojos llena de vergüenza. Yo sentí una gran angustia, unas ganas de llorar muy grandes. Tuve tentaciones de detenerla, de llevármela otra vez conmigo para calentarle las manos con mis besos, como en aquellas mañanas de invierno en que iba á despertarme á mi cama...

Pero la dejé ir, pensando en el marido, y en aquel monigote fruto de sus noches de amor...

Y he aquí que al cabo de veinticuatro horas de haberla visto me siento aún emocionado, y no hago más sino pensar en ella.

Y no la quiero, no; es la fuerza de la costumbre. Me había hecho á sus caricias, á sus besos... Dejé de verla y la olvidé. Y ahora siento la nostalgia de su amor, y tengo el cerebro lleno de deseos...

Sí, amigo mío; hace veinticuatro horas que me estoy diciendo: es preciso ser fuerte y olvidarla.

Y ya ves si soy niño; tengo la esperanza de que mañana vaya á despertarme, y á alegrar mi cuarto de soltero con su alegre risa de enamorada...

HORAS TRISTES

Las bujías, medio consumidas, alumbraban mal; la luz blanquecina de la alborada se filtraba por los cristales de los balcones disipando las sombras... Había comenzado á amanecer.

La condesa, soñolienta y malhumorada, de pie delante del espejo, se miraba atentamente, estudiándose...

Dieron las cuatro.

La joven hizo un gracioso mohín de sorpresa, llevóse las manos á la boca para ahogar un inoportuno bostezo, revelador de su aburrimiento, y murmuró con voz débil, semejan- te á un quejido:

—¡Las cuatro!

Sobre los muebles de la habitación yacían amontonadas las ropas; los frascos del tocador, destapados, dejaban escapar sus perfumes enrareciendo la atmósfera...

—¡Si yo pudiese dormir!...

Y, perezosamente, arrastrándose, las ropas desceñidas, el cuerpo fatigado, enervada é insomne, la condesa se dirigió á uno de los rin-

cones de la habitación, dejándose caer sobre una silla.

Después extendió los pies, apoyó la cabeza en la pared, se cruzó de brazos y suspiró fatigosamente.

—¡Ese hombre me engaña!

Y recordó la solicitud forzada de su amante durante toda aquella noche, sus atenciones estemporáneas, las frases, más pesadas que sentidas, con que había tratado de alucinarla...

—El amor fingido es como las monedas falsas, que engañan á contadas personas... Ese hombre es un buen actor, pero representa una mala comedia...

Y profundamente afectada, se interrogó á sí misma:

—¿Pero por qué habrá dejado de quererme?

Hizo un escrupuloso examen de conciencia, su pensamiento descendió hasta su corazón, buscando en vano la solución del tremendo problema.

—¡Bah! Quizá se haya cansado.

Y después de una corta pausa, durante la cual se acentuó la tristeza de su semblante, añadió friamente:

—Acaso yo me haya cansado antes que él...

De pronto se puso en pie, y fijó la mirada en su lujoso traje de baile, que yacía arrojado sobre una silla.

—He debido llamar á la doncella.

Luego, vencida por el cansancio, se dirigió á su alcoba, tarareando una canción.

Al descorrer las cortinas de la cama un suspiro de angustia se escapó de su pecho.

—¿Pero por qué habrá dejado de quererme ese hombre?

Y, como contestación á su pregunta, se echó á reir nerviosamente.

UNA AVENTURA

I

Paróse delante del espejo, irguió su esbelto cuerpo, y con adorable atolondramiento, meneando su rubia cabecita, exclamó satisfecha:

—No estoy del todo mal esta noche.

Luego, variando de tono, dirigióse al joven que la acompañaba, y mirándole amorosamente:

—Voy á vestirme en seguida... Cuestión de momentos. Sí, no te sonrias, cuestión de momentos. Ya sé yo que las mujeres tenemos fama de eternizarnos en el tocador; pero por lo que á mi respecta, niego ese aserto en absoluto.

Y unos minutos después apareció vestida con un elegante dominó negro, guarnecido de blancos encajes.

—Mira, ya estoy vestida. Ahora sólo me falta ponerme la careta. Esa me la pondrás tú... ¡Oh, qué contenta estoy! Si vieras... hace tiempo que tenía empeño en asistir á un baile de máscaras, y nunca me había sido posible;

siempre había tropezado con obstáculos insuperables, y al fin hoy, gracias á tí, voy á realizar mis deseos... ¡Qué bueno eres!

Y después de una pausa:

—¡Si te digo que se me presentan hoy las cosas mejor que quiero! Ya ves, la oportunidad del viaje de mi marido.

Esta tarde pidió permiso para verme, y después de enterarse del estado de mi salud me comunicó la fausta nueva: «Un asunto de familia, una tía enferma... cuestión de pocos días... Y con un frío apretón de manos: Hasta la vuelta, querida.»

A la hora fijada para su marcha me he asomado al balcón—porque ya sabes que soy muy precavida,—y he visto cargar sus maletas y he oído que decía al cochero: «A la estación del Norte.»

Y entonces me he tranquilizado y te he escrito que vinieras.

—Sí, y aquí tengo la carta en que me comunicas tan agradables nuevas.

Y con verdadera complacencia desdobló un papelito perfumado, con iniciales entrelazadas, escrito con letra clara y menuda, en el que se leía:

«Arturo mío: Mi marido se ha marchado de viaje. Ven á verme en seguida, esta misma noche.—Adiós, monseñor.»

—¡Muy bien, caballero! Veo que es usted digno de mis favores. ¡Oh, pero estamos perdiendo un tiempo precioso! Voy por tu dominó.

Bueno, ¿estás ya? Pues yo también. Dame el brazo.

Y ahuecando la voz y contoneándose graciosamente:

—¿A que no me conoces?

Y aproximando su húmeda boca á la oreja de Arturo:

—¡Qué buena pareja hacemos!

II

—¡Oh, mi querido amigo, si vieras qué contenta estoy! Esta escapatoria me recuerda los días de fiesta de mi época de colegiala. ¡Qué días aquellos! Entonces encontraba tan agradable la vida... Y ahora... Pero no hablemos de cosas tristes. ¿Bailamos un poco?

Después, fatigados por la danza, pasearon un rato por el salón.

—Mira, Arturo, esa máscara, ¿de qué va vestida? ¿De charra? ¡Oh, que bien está! ¿Y esa otra?... Mira, mira á D. Juan Tenorio del brazo del Comendador y á Quevedo con una dueña. ¡Pues y ese *bebé* persiguiendo á una ama de cría! ¡Y esa mujer, vestida de estudiante, que ostenta en su tricornio este signi-

ficativo letrado: «Tuna de las más tunas»...

Dieron las cuatro.

—¿Vámonos á casa?

—Como quieras.

III

La doncella salió apresurada al encuentro de su señora.

—El señor ha perdido el tren.

—¡Oh, qué fastidio!

Y enviando á Arturo un beso con ademán adorable de despique:

—Ya lo oyes... ¡Paciencia!

DEMASIADO TARDE

Puestos ya en pie se estrecharon las manos con fuerza nerviosa, y atontados por el dolor, sin poder hablar, cambiaron el último beso.

—¡No me olvides!

Ella se echó á llorar por única contestación.

—¡Como si eso fuera posible!

Y de pronto se separó de los brazos del mísero, corrió vacilante hacia la puerta, y sollozando, ahogada por la emoción:

—¡Adiós! ¡Tuya, soy tuya!...

La puerta se cerró de golpe, y la mujer desapareció.

El entonces se echó á llorar. Sí, todo había acabado. ¡Ya no volvería á verla más!

El ruido que produjo la puerta al cerrarse sonaba insistentemente en sus oídos.

—¡Y, sin embargo, yo no puedo vivir sin ella!

De repente vinieron á su memoria todos los recuerdos de aquel amor. Se habían querido mucho, mucho... Y ahora, de improvviso, se veían obligados á dejar de amarse, á huir el uno del otro. Y todo, ¿por qué?

¡Ah! porque ella no era libre; porque estaba casada. Una razón poderosa, sí, ¡Dios mío!; pero una de esas razones que no convencen, que no pueden convencer á ningún enamorado.

Su desgracia provenía de haberla conocido demasiado tarde.

Era, pues, una simple cuestión de tiempo, la causa de su desdicha.

Al llegar á este punto en sus reflexiones se apretó la cabeza con ambas manos, creyendo que iba á volverse loco.

—Además— continuó— al enamorarme de esa mujer, ¿acaso sabía yo que estuviese casada? ¡No! Pues entonces, ¿qué pecado es el mío, de qué delito soy responsable?

Y terminó su pensamiento con esta frase:

—¡Dios que la hizo tan hermosa!

Signió largo rato amontonando ideas sobre ideas, examinando el proceso de su desgracia, hasta llegar á esta conclusión:

—¡La he perdido para siempre!

Sí, era inútil rebelarse en contra de la fatalidad. Estaban condenados á eterna separación.

Una tristeza infinita se había apoderado de su espíritu. Maquinalmente se puso en pie, y apoyó su frente, abrasada por la fiebre, en los cristales del balcón.

Era ya de noche. Aquel cielo negro aumentaba su angustia. Sintió miedo al verse tan solo.

De repente alzó la cabeza, y apretando los puños, completamente trastornado por el dolor, dirigió sus ojos amenazadores al cielo:

—¡Pero por qué la he conocido tan tarde!

UN GRAN ARTISTA

Tiró el buril al suelo con ademán de loca desesperación, y dirigiéndose á la modelo, que continuaba aún de pie sobre la plataforma:

—Hemos terminado por hoy. Puedes retirarte.

La muchacha no se hizo repetir la orden, y corriendo á saltitos como los pájaros, el pelo suelto sobre la desnuda espalda, fuése á vestir detrás de un biombo, muy satisfecha con aquella determinación del maestro.

—Bueno, pues hasta mañana. Tempranito, ¿eh?

Eran las siete de la tarde y comenzaba á faltar luz en el estudio.

El pobre artista quedóse unos momentos parado delante de su obra, y golpeándose la cabeza con rabia, los ojos llenos de lágrimas:

—Decididamente yo no puedo decir como Andrés Chenier: «¡Aquí hay algo!»

Después, algo más tranquilo:

—Ha terminado mi vida artística. Estoy harto de luchar inútilmente. Me he convencido de que soy un pobre diablo. En el arte no

debe haber términos medios: ó todo ó nada. No creas que me hallo en una de esas malas horas de desanimación, que padecemos todos. Estoy tranquilo y sereno. Antes tenía una venda sobre los ojos que me impedía ver... Ahora veo claro. No quiero ser un cualquiera, un artista más. ¡Aspiro á la gloria! Y ya ves qué desgracia; ¡tengo la cabeza vacía!

Y con voz irritada, los ojos febriles, pálido, convulsionado, llena la cara de gestos:

—No tengo otro remedio sino retirarme á la vida privada. Me declaro vencido. ¡Qué diablo, todos no hemos de nacer genios!

Y amenazando al cielo con los puños:

—¡Pero ser impotente!...

No me fué posible calmarle. El pobre artista estaba bien convencido de su nulidad.

—¡Bah! es inútil que trates de engañarme.

Y apretándose las manos nerviosamente:

—¡Gracias, amigo mío!

* * *

Pasó mucho tiempo sin que volviese á ver al pobre Alvarez. Acaso se habría marchado al extranjero á ocultar su derrota.

Y fué una gran satisfacción para mí el día aquel en que le hallé en el Retiro, llevando de la mano á un precioso chiquitín de unos tres años de edad.

—Sí; soy yo. Alvarez, el escultor. ¡Ah! Te extraña verme tan gordo y sanote. ¡Qué quieres, chico, la buena vida! El arte me mataba... Ahora, ya ves, estoy fuerte como un roble.

Y sonriéndose, con voz que hacía temblar la emoción:

—Voy á enseñarte mi mejor obra.

Agarró el pequeño en brazos.

—Mi hijo... ¡Ya ves que soy un gran escultor!

Era aquel niño, en verdad, un admirable ejemplar humano. Recordaba á los ángeles de Murillo. Tenía el pelo rubio y rizado y los ojos azules. Reía...

—Sí, amigo mío—añadió Alvarez con tono de triunfo—la Naturaleza es superior al Arte.

Y besando á su hijo en los ojos:

—¡A ver si hay ahora quien se atreve á asegurar que yo no soy un gran artista!

LA COMEDIA ETERNA

—No... nada de gritos... Hablemos tranquilamente, sin exaltarnos... Ya verás como al fin logramos entendernos. Vamos, con franqueza, dudas de mí, ¿no es cierto?

—¡Sí!

—¡Oh, gracias por la declaración!

—Creo merecerlas por mi sinceridad—respondió Federico friamente.

—¡Dios mío!, ¿pero tú ignoras que no hay nada más desagradable que un hombre sincero?

—Consecuencia: ni nada más agradable que un hombre falso.

—Vaya, volvemos á las andadas... Estás esta noche insoportable. Pero, en fin, sea puesto que lo quieres.—Hizo una pausa.—Quizás tengas razón al dudar de mí.

—¡Andrea!

—Pero qué, ¿te incomodas? ¡Cuando te digo que la verdad resulta á veces poco simpática! Federico la interrumpió irritado.

—¿Qué es lo que te propones?...

—Nada absolutamente, amigo mío. ¿He

sido yo quien ha provocado esta desagradable cuestión? ¡Oh, está visto; todos los hombres son lo mismo! ¿Acaso no te he recibido esta noche, como siempre, con los brazos abiertos, cariñosa, enamorada—ó aparentando estarlo; es igual? ¡Pues qué más puedes exigirme! ¿Me he preocupado yo de averiguar si me habías sido fiel ó no, durante los días en que hemos estado sin vernos? ¿Con qué derecho me exiges que te dé explicaciones que yo no te demandando á tí? A tu edad ya debías haber aprendido que cuando una mujer es prudente y no pide cuentas, es porque quiere que imiten su conducta y tampoco se las pidan á ella.

—De modo que convienes conmigo...

—Mira, yo soy como soy, una mujer algo vana, algo caprichosa; pero que en realidad te quiere más de lo que mereces. No me pidas imposibles... ¡Ambicioso! ¡Te amo una vez á la semana, y todavía te quejas!

¡Ay, amigo mío! ya ha pasado aquel tiempo en que yo tenía la virtud de la constancia.

Es la historia eterna. Quise de buena fe y me engañaron. Ahora se han vuelto las tornas, y soy yo la que engaña. No es mía la culpa si soy algo mala. Me han educado en la falsía, en la mentira... Hago lo que me han enseñado á hacer.

Amé tanto... en una ocasión, que derroché

el caudal de mis sentimientos de una vez, sin reservarme nada, sin guardarme nada, generosa y locamente...

Y ahora, ¿qué hacer para recobrar el amor gastado?

Pero te ruego que no dudes de mi cariño.

Yo te amo todo lo que puede amar una mujer desengañada. No creo en tí porque no creo en ningún hombre; y sin embargo, es posible que tú no seas igual á los demás, y que me quieras realmente.

¡Oh, si yo pudiese convencerme de eso!

A los treinta años se *sabe* amar mejor que á los veinte, y acaso yo sea capaz de amar todavía.

¡Pero á qué pensar en imposibles! Sigamos como hasta aquí; queriéndonos..., pero una vez por semana. Quizás la felicidad consista en no amar demasiado... El fuego calienta; pero también quema.

Y ocultando la cara entre sus manos, añadió en voz baja:

—¡Qué enigma es el amor!

Entonces Federico se arrojó llorando á los pies de Andrea.

—¡Te amo!

Ella le miró compasiva y risueña, y lentamente, midiendo las palabras, con acento emocionado:

—¿Pero no me engañas? ¡Ven entonces á mis brazos! Vamos á representar de nuevo la comedia del amor. ¡Ay, Dios quiera que la obra no termine con alguna traición, como terminan todas!

PROYECTO DE CARTA

Encontré esta carta en un libro viejo que compré no recuerdo dónde.

Y como creo que la tal epístola merece ser leída, me permito reproducirla, y que su autor, si por casualidad leyere estas líneas, me perdone la indiscreción.

«Proyecto de carta que escribiré algún día, si tengo valor para ello:

Usted no me conoce bien, señora; yo tengo el valor de las grandes cosas y el miedo de las pequeñas. Por eso soy yo, y no usted, quien se atreve á escribir esta carta.

Escúcheme usted... (En estos momentos, yo que acabo de concederme patente de valentía, tiemblo de pavor y me dan tentaciones de romper esta epístola aun antes de concluir.)

Pero no, escúcheme usted, señora; es preciso que siquiera una vez—¡una vez sola!—hablemos lealmente y salgan de nuestros labios palabras de verdad.

¿A qué continuar engañándonos? Sí; tengamos el bárbaro valor de la sinceridad. ¡A ver si me atrevo á escribirlo! ¡Animo! ¡Ea, ya está dicho! *¡Señora, hemos dejado de querernos!*

Nuestro amor comenzó como comienzan todos, en un beso, y acaba como acaban todos, en un bostezo.

¿Se acuerda usted todavía de la noche en que nos dimos cuenta de nuestro enamoramiento?

Fué en casa de la duquesa de X... ¡Gran fiesta la que en obsequio á sus numerosos amigos dió la noble dama!

Yo fui durante toda la noche la pareja obligada de usted, y ya á última hora bajamos al jardín á respirar el aire fresco de la madrugada, huyendo instintivamente de la concurrencia.

El jardín estaba casi solo. Tal ó cual pareja más ó menos amorosa, y pare usted de contar.

Nosotros fuimos á buscar refugio en un elegante cenador, donde, según malas lenguas, solía la duquesa dar cita á sus amantes, en las noches calurosas de verano.

Nos sentamos el uno al lado del otro, sin hablar palabra, algo intranquilos por la emoción.

Yo estaba en aquellos momentos completa-

mente loco. Sí, aquella fué una brutalidad, lo confieso. De pronto, sin poder contenerme, en un acceso furioso de deseos, la estreché á usted entre mis brazos y la besé frenético en la boca...

¡Dios mío, qué delicioso momento aquél, y con qué satisfacción lo recuerdo aún, á pesar del tiempo transcurrido!

Usted, indignada, se puso en pie.—¡Caballero!—Yo al pronto no supe qué decir.—¡Señora!—Y debía de revelar en mi actitud tanta confusión, tanto espanto, que usted no pudo menos de sonreirse. Entonces yo, aprovechándome de aquel momento de debilidad, le cogí á usted una mano que lleve á mis labios.

—Sí, ya sé que no merezco perdón... ¡Soy un miserable! Pero estaba loco, pero estoy loco... No soy, pues, responsable de mis actos. Ni sé lo que he hecho, ni sé lo que me digo. ¡Perdóneme usted!

Iba á arrodillarme á sus pies, pero usted me contuvo con un ademán.—¡Imprudente! ¡Podrían habernos visto!—Y volvió usted á sonreirse. ¡La batalla estaba ganada!

¡Qué felices fuimos desde aquella noche! ¿Se acuerda usted, señora? Pero después... ¡Oh mezquindad del amor humano!—Después... Pero ¿á qué hablar de estas tristezas? Sí, hemos llegado á cansarnos el uno del otro, y en

la pira de nuestro amor ya no hay más que cenizas.

La otra noche, después de un acceso de pasión, ví que contraía usted su graciosa boquita con la mueca de un bostezo. Y yo, desesperado... ¡bostecé también!

En aquel momento trágico comprendí que todo había terminado entre nosotros.

Dimos vida á nuestro amor en un beso, y le matamos en un bostezo. ¡El triste fin de todos los amores, de que le hablaba á usted antes.

Y por eso ha llegado el momento de la separación—¡momento cruel!—y le escribo á usted esta carta.

Sí, ya le decía á usted que yo tengo el valor de las grandes cosas y el miedo de las pequeñas.»

.....

CUENTO DE CARNAVAL

Detrás de una máscara.

Caminaba con andar gallardo, mal envuelta en su dominó de raso blanco, sujetándose instintivamente la careta con ambas manos.

Toda máscara lleva en sí la misteriosa poesía de lo desconocido. Y sin apenas darme cuenta de lo que hacía eché á andar detrás de ella, excitado por la curiosidad y el deseo.

Ella, de vez en cuando volvía la cabeza y apretaba el paso, contrariada sin duda por mi tenaz persecución.

—¿Quién será esta mujer?—pensaba yo mientras tanto.

Que era joven y hermosa, bien podía asegurarse. Yo la había desnudado ya con mis miradas, encontrándola digna de mis deseos.

¿Vendría del baile? ¿Y de qué otra parte á aquella hora y con aquel traje?

Pero, ¿por qué iba sola? ¡Bah! Después de todo, eso qué importaba. ¡Mejor! Así la aventura sería más fácil. Me aproximaría á ella y nos arreglaríamos en seguida.

Pero, ¿y si aquella mujer no era lo que parecía? ¿Y si era una mujer honrada?

Sí; bien podía haber ido al baile á celar á su marido ó quizás á su amante. Y por eso iba ahora sola y fugitiva, y acaso desesperada.

Encontré esta suposición muy lógica. El afán que tenía por taparse la cara, la contrariedad que parecía experimentar por mi persecución, eran otros tantos datos en favor de esta idea.

—¿Y si no es joven ni bonita?—pensé después, contrariado.

Pero no; aquella mujer era seguramente muy hermosa. Bastaba á demostrarlo la gentileza de su andar, su cuerpo airoso, mal envuelto en el elegante dominó, y yo no sé qué seducción y qué gracia que parecía desprenderse de toda ella.

¿Sería rubia? ¿Sería morena? ¡Bah! ¿Qué importaba? Para mis deseos del momento con que fuera hermosa bastaba.

*
* *

De pronto mi bella desconocida se detuvo. Yo también hice alto en mi marcha, situándome á una distancia respetuosa de ella.

Y entonces ocurrió lo que era lógico presumir que ocurriera. La mujer, después de un momento de vacilación, me llamó con un siseo

insinuante. Y como yo permaneciera silencioso, aturdido por aquel final ridículo de mi aventura, ella insistió:

—¿Pero no vienes?

Y con suprema coquetería, avanzó hacia mí, andando á pasitos cortos, mientras trataba de desanudarse las cintas del antifaz.

—Ya verás como soy muy bonita.

Pero yo retrocedí instintivamente.

—¡No, no te descubras! Quiero pensar de tí, sin verte la cara, que eres hermosa; quiero pensar, no marchándome contigo, que eres honrada. He soñado mucho mientras te perseguía, para que vengas ahora á desvanecer mis ilusiones. ¡Vete! ¡No quiero conocerte! Quiero conservar pura la virginidad de mis fantasías, de mis quimeras...

Y eché á correr, mientras ella se reía á carcajadas.

ARREPENTIDA

Mandó parar el primer coche que se encontró al paso. Tenía miedo de que la conocieran su falta, de que le saliera á la cara su vergüenza.

No podía explicar lo que sentía: un malestar muy grande, repugnancia de sí misma, asco de su propia carne...

Sí; debía llevar impresa en su cuerpo, en todo su cuerpo, la mancha del delito, la prueba del contacto infame con aquel hombre.

Y necesitaba de toda el agua purificadora del Jordán para limpiar su cuerpo de la suciedad del pecado, y dejar de sentir aquella repugnancia que experimentaba hacia sí misma.

¿Cómo pudo caer en brazos de aquel hombre? No se lo explicaba. Fué sin duda en un momento de inconsciencia, de locura, y tenía, por tanto, derecho á que se la juzgase irresponsable.

No; ella declaraba que aquel vencimiento de su carne, no había sido autorizado por su

voluntad. Había perdido la razón, se había vuelto loca. Nadie que fuese verdaderamente justo, podía declararla culpable.

¿No estiman los hombres de justicia que la embriaguez es una causa atenuante del delito? Pues bien; ella había experimentado al contacto con aquel hombre una extraña perturbación, la embriaguez de sus sentidos... la locura de toda su carne...

Habia pecado á pesar suyo, sin darse cuenta de lo que hacía, fatal é inevitablemente.

Péro estas reflexiones, en vez de tranquilizarla, aumentaron su inquietud.

¡No! No había agua en todo el mundo capaz de purificarla. Estaba deshonrada, estaba perdida...

Al formular como resultando de aquel proceso que venía elaborándose en su cerebro aquella tremenda conclusión, se echó á llorar como una loca.

Lloró mucho y mucho tiempo, con dolor verdadero, como se llora cuando se padece.

Y aquellas lágrimas parecían disipar su dolor, é iban tranquilizándola poco á poco.

Ya no sentía repugnancia de sí misma. Las lágrimas de su arrepentimiento habían borrado las manchas de su culpa.

Y maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas en el coche, juntó

las manos como en señal de oración, y en voz alta, perdida la conciencia de la realidad:

—¡Gracias, Dios mío, por haber concedido á todo pecador un Jordán en que lavar sus culpas!

LA DESPEDIDA

Maquinalmente se arrojó sobre una butaca —¡una fuerza que se desploma!— ahogado, convulso, y se llevó las manos al pecho, sintiendo que le faltaba la respiración.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Ocultó la cabeza entre las manos y se echó á llorar.

El acceso de dolor duró muchos minutos, mucho tiempo... Después se sintió aliviado. Ya podía respirar. Se secó las lágrimas con las manos.

—¡Ay, madre mía!

Luego se puso en pie y recorrió á grandes pasos la habitación.

Estaba muy débil, muy falto de fuerzas, pero tenía necesidad de andar.

De pronto, se detuvo, y fijó sus ojos febriles, ojos de loco, en una silla dorada que yacía en el suelo.

—¡Ya no volverá á sentarse más en ella!

Y con voz semejante á un sollozo:

—¡La he perdido para siempre!

Le parecía verla aún, pálida, convulsa, los

ojos llenos de lágrimas... ¡la virgen de las Angustias! diciéndole, entre suspiros y besos:

—¿Ves? ¡Te quiero mucho!

Y luego, de pronto, abrazándosele al cuello, con voz desfallecida y angustiada:

—¡Pero todo ha terminado entre nosotros! ¿Qué puedo hacer yo...? Mira, hay fuerzas misteriosas que me arrastran, que me llevan lejos de tí. ¡Yo quisiera resistirme, yo quisiera luchar, pero no puedo!... ¡Ay, los lazos del deber qué fáciles y qué difíciles de romper son! ¡Cuánto oprimen y cuánto pesan! Mira, él se llevará mi cuerpo, pero contigo quedará mi alma. ¡No llores! ¿Cómo convencerte que sería tuya si bastase la voluntad?

Y lúgubrementemente, en voz baja, temerosa de ser oída:

—¡Te amo, pero todo ha terminado entre nosotros!

Y no sabiendo ya qué decir, se echó á llorar.

Luego se puso en pie, y nerviosamente, con movimiento brusco, se ató las cintas del sombrero.

—¡Adiós!... ¡Para siempre!

El cayó de rodillas y la llamó suplicante.

—¡Ven! ¡Todavía no!...

Ella se detuvo al oírle y se arrojó de nuevo en sus brazos.

Pero de repente corrió hacia la puerta.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Y él, ¡insensato!, la había dejado ir.

Sí, todo había concluído, ya no volvería á verla más.

Hizo esfuerzos desesperados por llorar, pero las lágrimas no acudieron á sus ojos.

Vacilando, ébrio de dolor, se dirigió al balcón, ansioso de respirar el aire fresco de la noche.

El cielo estaba negro. ¡Sombras, tinieblas por todas partes!

Un sollozo de frenética angustia surgió de su boca.

—¡La he perdido para siempre!

LA LLUVIA

Eran unas gotas enormes... Parecía que allá, de lo alto, se entretenían en apedrear á la gente.

De vez en cuando se iluminaba el horizonte con la luz de los relámpagos. La caja de los truenos sonaba muy bien, como manejada por una mano experta. Y los transeuntes miraban intranquilos al cielo, negro como boca de lobo.

¡Oh, estas tempestades de verano, cuando estallan durante la larga noche, qué agradables son para los enamorados!

La mujer asoma la cabecita al balcón, y vuelve á internarse en la sala con cara de susto.

—Llueve mucho... Está diluviando. Esta noche no puedes salir.

Y en seguida, antes de que él proteste, formula su programa, un programa delicioso para pasar juntos la noche.

—Mira, haré el café en la maquinilla rusa, y te leeré *La Correspondencia*... Te aseguro que no te aburrirás. Si quieres, echaremos también

nuestra partidita de ajedrez. Y luego, si te dignas oirme, si no te cansa mi conversación, charlaremos un rato... Tengo que contarte muchas cosas interesantes. Sí; ya verás qué bien pasamos la noche, el uno al lado del otro, sentados junto al balcón, oyendo llover... Además, no puedo consentir que te vayas, porque ya sabes que me dan mucho miedo los truenos, y pasaría un gran susto si me dejases sola... Voy por tu bata. Vuelvo en seguida.

Afuera, en la calle, cae la lluvia, monótona y pesada... Él, sin embargo, se asoma al balcón, aparentando no aceptar el programa de su mujercita, y lanza una mirada escrutadora al cielo, tratando de averiguar si continuará el mal tiempo.

Y concluye por ponerse la bata, y tomar el café de la maquinilla rusa, y escuchar resignado la lectura de *La Correspondencia*.

* * *

Oh, sí, puede continuar lloviendo, y el maquinista de allá arriba puede, si gusta, mover la caja de los truenos, que á veces estas noches de tempestad suelen convertirse en noches esplendorosas para los enamorados!

CANSANCIO

—¿Amigos?

—Sea... amigos.

Y ambos quedaron en silencio, mirándose fijamente á la cara.

Ella le tendió graciosamente la mano.

—Sí; es lo mejor que podemos hacer... Los dos estamos cansados... ¡Diez años de matrimonio! ¡Y cuidado si nos hemos querido! Pero desgraciadamente el amor dura tan poco... Y yo que lo creía eterno... Me he engañado. Ya ves que soy sincera, que te hablo con el corazón en la mano. Nos casamos, ¡acuérdate! enamorados locamente el uno del otro. Yo no podía vivir sin tí. Una unión perfecta la nuestra: la unión de dos cuerpos y dos almas. Pero ya ves lo que duró el idilio. Unos cuantos años, unos cuantos meses... Fuimos tan insensatos que apuramos la copa de la felicidad de un solo trago. Ya está vacío el vaso y es inútil que lo acerquemos á nuestros labios. ¡Ay, y los dos nos estamos muriendo de sed!

Él entonces la interrumpió:

—Si tú quisieras todavía podíamos ser dichosos.

—¿Si yo quisiera?... ¡Bah! no me conoces cuando hablas así. ¿Cómo no he de desear yo?... Pero dime la manera de resucitar nuestro extinguido amor. No, no es posible dar vida á un cadáver... Ni tú eres Lázaro, ni yo tengo el poder de Cristo. No nos hagamos ilusiones, no tratemos de engañarnos. Abordemos el problema. Estamos cansados, estamos hartos... Pero ya que no podemos ser absolutamente felices, procuremos al menos no ser del todo desgraciados. Ha llegado el momento de las grandes verdades. ¿No nos es posible el amor? ¡Pues la amistad! Ahí va mi mano.

—No... escúchame... ¡Todavía no!

—Habla, pues.

Él se sentía algo emocionado, y le parecía insensato renunciar así, tan á la ligera, al amor de su mujer.

—¡Yo todavía te amo!

—¡Adulador!

—Sí... no miento. Aún tengo fe para renovar nuestro antiguo idilio. A poco que tú hagas resucitará, lleno de vida y de fuerza, nuestro amor. Todavía somos jóvenes, y todavía podemos ser dichosos. ¿A qué empeñarnos en hacernos desgraciados? Nuestro amor no es todo cenizas... ¿Ves? Te hablo de rodillas, como

en los buenos tiempos de nuestros amores. Si, dame tu mano, que quiero comérmela á besos... ¡Oh, alma mía, qué felices vamos á ser con la resurrección de nuestro amor!

Ella sonreía satisfecha, sin atreverse á interrumpirle, sintiéndose también algo emocionada.

—Sea como quieras.

Y arrojándose en brazos de su marido, con voz mimosa como una caricia:

—¡Oh, yo también me siento capaz de quererte mucho, mucho...

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria.....	5
Separación.....	7
La siesta.....	11
Abandonada.....	14
Werther.....	17
Soliloquio.....	21
La segunda juventud.....	25
El crimen de anoche.....	28
La derrota.....	34
El aniversario.....	38
Versos de Becquer.....	42
La musa eterna.....	45
Las víctimas del trabajo.....	48
Fragilidad.....	51
Las fiestas del amor.....	54
La mujer del autor.....	57
Gloria.....	61
El señor ministro.....	63
Nochebuena.....	67
Humoradas.....	69
Tragedia.....	73
Felicidad.....	77
Traición.....	80
Al día siguiente.....	83

	<u>Páginas.</u>
Dolor.....	86
En el harén.....	89
Programa del año.....	94
Día de fiesta.....	97
La viuda.....	101
Dichas pasadas.....	105
Horas tristes.....	108
Una aventura.....	111
Demasiado tarde.....	115
Un gran artista.....	118
La comedia eterna.....	121
Proyecto de carta.....	125
Cuento de Carnaval.....	129
Arrepentida.....	132
La despedida.....	135
La lluvia.....	138
Cansancio.....	140

